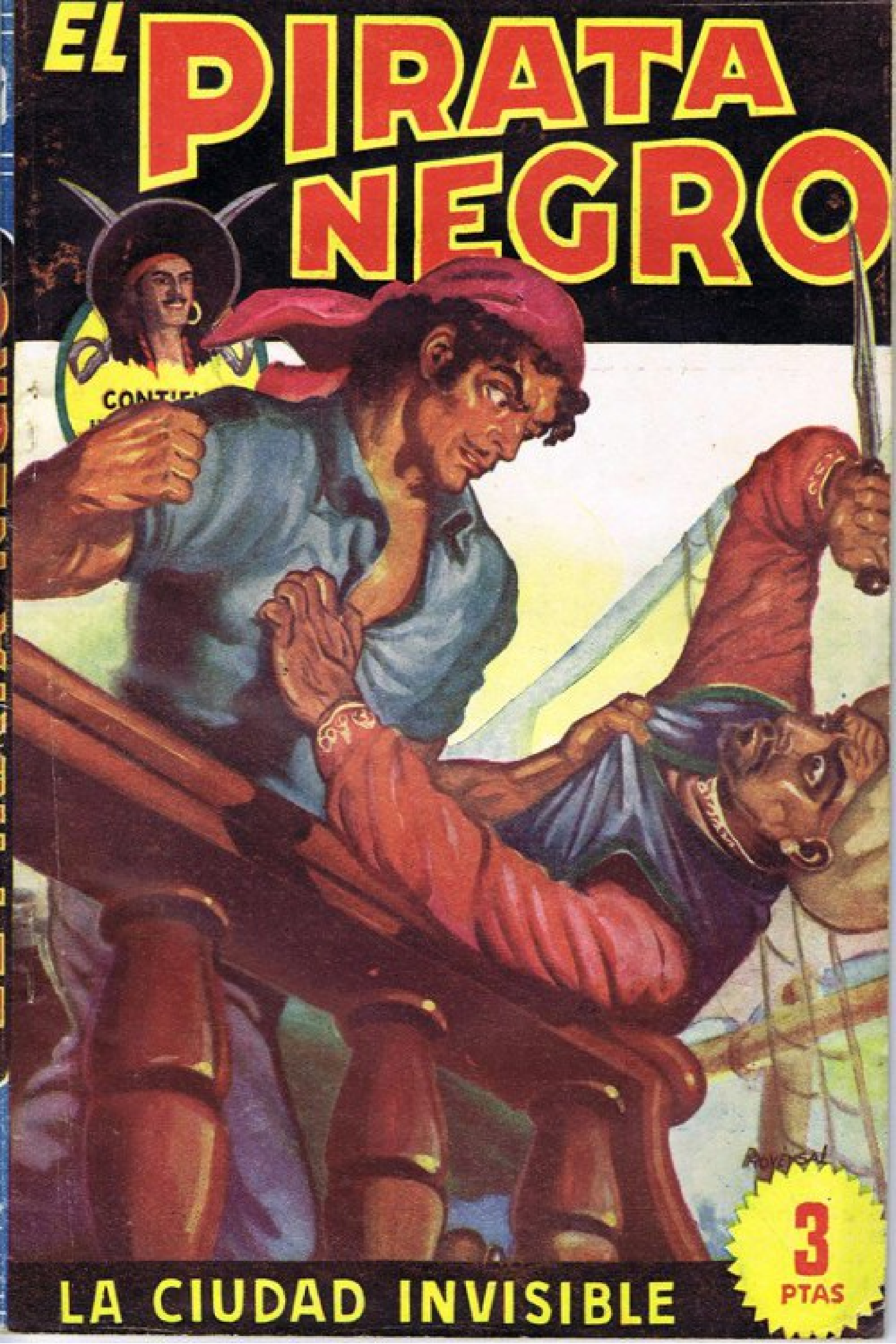
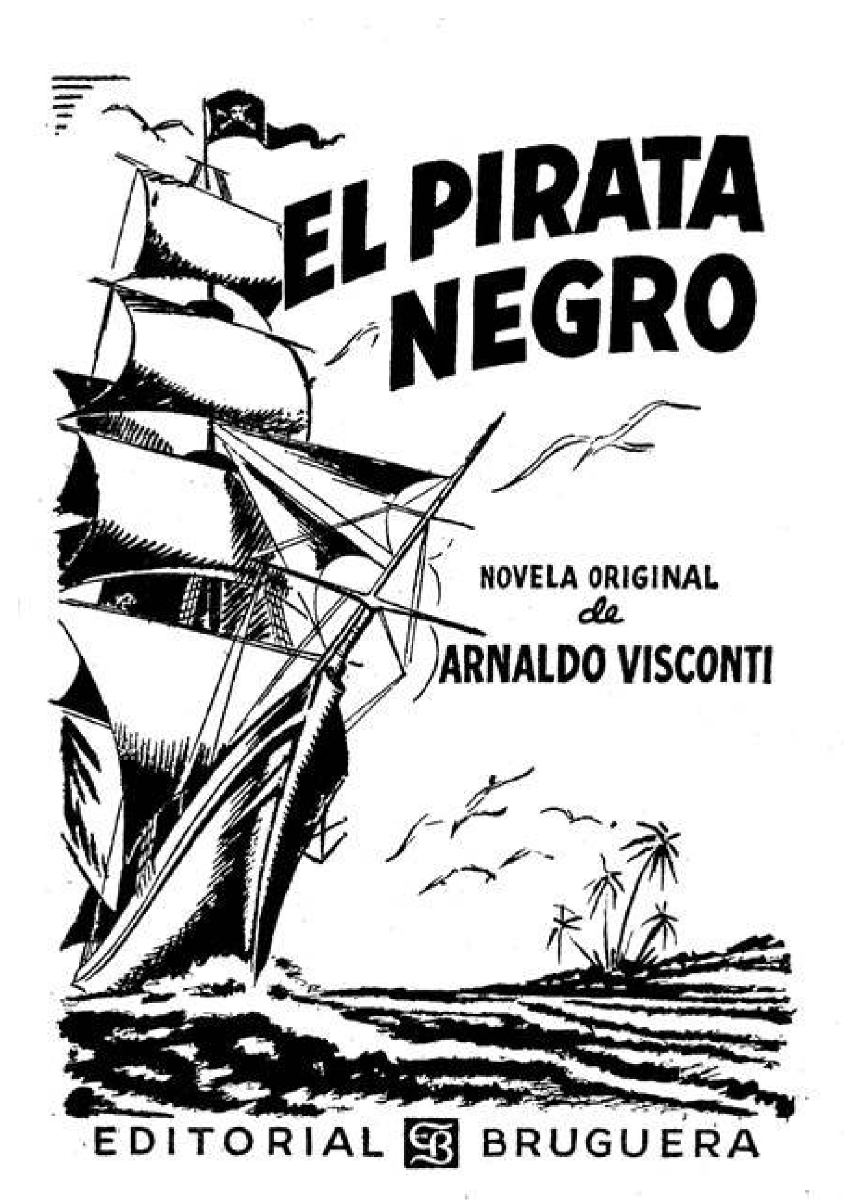

EL PIRATA NEGRO
CONTIE
ROVERSAL
3 PTAS
LA CIUDAD INVISIBLE



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La ciudad invisible

Colección El Pirata Negro n.° 27

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


LA CIUDAD
INVISIBLE

CAPÍTULO PRIMERO

¿“Ahabarec”?...

El desierto parecía no tener fin. Largos días de camino, mecidos los nómadas por el acompasado y violento ritmo del camello “mehari”, bajo el ardiente sol...

Noches frías en campamentos sin lumbre, en que el sueño llegaba calladamente, arropado por narraciones de los tuaregs, bajo la mirada de la luna y la estéril amenaza de las hienas...

Horas y horas de transitar en el mar de arenas con sus dunas movedizas, ansiando percibir en el horizonte una línea abrupta que quebrase la monótona uniformidad...

La caravana nómada la componían el cabecilla Dajmur y dos centenares de sus tuaregs, cuyas erguidas sombras blancas, cubiertos los rostros por los velos, tenían inquietantes movimientos bruscos de fantasmales evocaciones.

Cuando, por la noche, el cabecilla Dajmur, cuyo nombre rutilaba en su escudo, daba la señal de alto, la caravana acampaba en vasto círculo, y cada uno sacaba de las alforjas de su “mehari” los alimentos frugales y la parca ración de vino de palma.

Poco después, Dajmur era el primero en pronunciar la voz ritual:

—¿“Ahabarec”?

Otra voz salmodiaba palabras de ritmo cansino, enmudeciendo de pronto. Y de nuevo alguien preguntaba:

—¿“Ahabarec”?

Otro cansino fluir de palabras guturales brotaba... Se repetía la misma pregunta, y aquellas cantinelas, incomprensibles para uno de los tuaregs, tenían matices de alucinación.

En su vida accidentada el Pirata Negro había intervenido en trágicas aventuras y en tenebrosas intrigas. Pero nunca en ninguna

ocasión había sentido aquel ambiente de opresiva amenaza que emanaba del grupo numeroso de salvajes tuaregs.

Cuando, en Aissa, el cabecilla Dajmur había mostrado ser poseedor del amuleto Askri y la carta que debían conducir al Pozo Mágico del tesoro del califa Haroun-el-Raschid, para Carlos Lezama había sido cuestión de rápida decisión el vestir las ropas de un cadáver tuareg, y, montando en su "mehari", incorporarse a la caravana de tuaregs que se alejaban con remoto destino.

Habíale acompañado Bahía, la virgen del aduar, la argelina que conocía a la perfección los usos e idioma de los habitantes del inviolable "país del Litham", la tierra prohibida.

Dos eran los móviles que impulsaban al Pirata Negro: rescatar a la niña cautiva, que sabía ya estaba en poder de los tuaregs, y hallar el tesoro de Haroun-el-Raschid, recuperando primero su amuleto y la enigmática carta.

Pero lo cierto era que también le atraía, casi con fascinante mandato, vivir la aventura que ningún blanco había podido contar: el arriesgarse a conocer la extraña y misteriosa residencia de los crueles "piratas del desierto".

Por espacio de tres días y tres noches había tan sólo intercambiado, en breves ocasiones, frases de aliento, por su parte con la argelina, que, a su vez no se recataba en manifestar que "todo su cuerpo era un frío sudor", y cuando, por varias veces, Bahía hubo manifestado su intenso miedo, el Pirata Negro había replicado con brusquedad:

—Si tanto pánico sientes, ¿por qué viniste?

—Porque tú eres mi dueño, y porque donde tú mueras yo he de morir.

—Resultas una animosa compañera de viaje...

Enmudecía el Pirata Negro, porque, al ver girarse alguna de las erguidas cabezas de los tuaregs verdaderos, sentía la impresión de que una gran víbora le acechaba malignamente por entre los pliegues del velo...

Bahía, gracias a sus flotantes ropajes blancos, no revelaba bajo ellos la presencia de la hermosísima mujer...

Cuando, a la cuarta noche, y tras la frugal comida, la gutural palabra: "¿Ahabarec?" fué pronunciada por Dajmur, el Pirata Negro se tendió boca abajo, y junto a su hombro se apoyó la cabeza de

Bahía, también tendida boca abajo.

—Tienes razón, capitán Lezama— susurró ella—. Así el calor de nuestros cuerpos se comunica a la arena, y después dormimos tibiamente.

—Yo tengo poca inclinación a perder el dominio de mis nervios, Bahía; pero me temo que si no me entero pronto de qué diablos significa esta palabra que suelta siempre Dajmur después de cenar, si a esto se le puede llamar cena, voy a gritar alguna locura. ¿Qué mil diablos significa "Ahabarec"?

—Es la costumbre entre los tuaregs, mi dueño. Significa en tu lengua; "¿Qué noticias hay?".

—¡Estúpida pregunta! ¿Qué noticias va a haber? Arena y más arena; sol y luna, luna y sol. No hemos visto a nadie. Siempre somos los mismos. Tienen que poseer una gran imaginación esas sombras blancas, ¡malditos sean! Hablan sin entusiasmo, pero hablan...

—No hacen más que narrar anécdotas, pequeñas historias, porque así se lo exige su religión. Llaman al sueño contando hechos que, aunque los repitan, no importa. Y tenemos que alegrarnos, mi dueño, porque todavía Dajmur no ha pronunciado doblemente la palabra que te irrita.

—¿Doblemente? ¿Qué quieres decir?

—Decía mi padre que, a veces, en la caravana de los nómadas el cabecilla siente algún peligro que no puede explicar. O bien teme que ronden otras sombras de una tribu tuareg enemiga, o que, si duermen, no despertarán...

—Espejismos.

—Quizá sean espejismos de las sienes. Lo cierto es que si el cabecilla, al terminarse la cena, dice por dos veces la palabra: "¿Ahabarec?", nadie debe dormir, y entonces, si tal ocurriera, tú y yo seríamos descubiertos.

—¿Por qué íbamos a ser descubiertos? Hasta ahora nos toman por dos más de ellos.

—Sí; pero cuando el cabecilla pronuncia doblemente la pregunta, entonces todos están obligados a narrar un fragmento de la historia que él inicia. Una historia que ellos todos conocen muy bien, pero... tú y yo, no.

—Con guardar la boca cerrada, asunto arreglado. También, si ahora te hablo sin temor, es porque nuestro susurro es idéntico al

de otros, como, por ejemplo, al de aquel viejo cuya trenza es blanca.

—Es sordo, y su compañero le va repitiendo las historias, y él las comenta.

—También yo puedo haberme ensordecido con las arenas, y tú, mi compañero de camino, me repites las endiabladas historietas de los que narran. No hay peligro en ello, como tampoco lo hay en internarnos, puesto que, a diario, en la ropa voy cosiendo los puntos de orientación que nos permitirán regresar al punto de partida: Aissa, desde donde iremos al oasis en que aguardan mis hombres. No veo, pues, por ahora, ningún peligro. Si Dajmur siente alguno, y pronuncia por dos veces el "ahabarec" del infierno, yo y tú callaremos, y asunto terminado.

—No podremos. Dajmur va señalando de vez en vez, interrumpiendo la narración, a otro tuareg, y éste debe continuarla en el párrafo interrumpido.

El Pirata Negro sonrió bajo el velo que cubría su rostro.

—Espero que Dajmur tendrá el buen gusto de no repetir por dos veces la palabrita.

Fueron dos días y dos noches más de interminable caminata desesperante, sin que la infinita llanura de arena pareciese ostentar en sus horizontes la menor rugosidad o relieve...

Terminada la cena, el Pirata Negro y Bahía se tendieron boca abajo, y, como siempre, ella apoyó su cabeza en el hombro del Pirata Negro, quedando con su boca cercana al oído del aventurero.

Sentíase el Pirata Negro sobreexcitado por aquella larga marcha, y reprimió una imprecación cuando sintió en su costado un leve codazo.

Bahía, con voz temblorosa, susurró :

—Dajmur ha pronunciado doblemente "ahabarec", y acaba de señalar a un tuareg junto a nosotros...

Tuvo aún tiempo el Pirata Negro de ver el brazo tendido de Dajmur señalando a su frente, y a cuatro pasos de distancia un tuareg acurrucado empezó a hablar monótonamente...

Quizá para dominar el inmenso miedo que resentía, Bahía fué traduciendo las palabras del narrador:

—"Como tú has pedido, Dajmur, yo relato la historia del chambi y de su novia. Un año reunieron los iahaggaren un ejército y

salieron a campaña contra los chambi para saquear su tierra. Partieron, y, una vez llegados a la tierra de los chambi, hallaron numerosos aduares. Mataron a los hombres y robaron cuanto había. Con esto se volvieron a su tierra, trayendo a una muchacha chambi que habían cautivado. Después de repartido el botín, pusiéronse todos a disputarse la muchacha...”

El brazo de Dajmur se proyectó rectamente, y la luna destelló en su escudo. El señalado por la mano del cabecilla prosiguió el relato, que Bahía, al principio con voz temblorosa, fué traduciendo:

—“La disputa se iba agriando, cuando llegó un anciano que les preguntó por qué discutían, y, enterado de la cuestión, se constituyó en juez, y, tomando del brazo a la muchacha, se la llevó al rey, quien se casó con ella.

“La joven tenía un novio en su tierra, el cual pertenecía a la tribu de los chambi, y diariamente le increpaban los otros jóvenes, diciéndole que era un cobarde que se había dejado arrebatar a la novia. Hacían burla de él manifestándole que los iahaggaren se habían llevado a su novia, y, sin embargo, él continuaba vivo y en buena salud.

“El chambi acabó por tomar una resolución. Vendió su huerto, compró con el dinero un “mehari”, cargó en él cuanto tenía y se marchó, diciendo: “Volveré con mi novia, o por lo menos traeré noticias suyas”...”

El brazo de Dajmur indicó a su costado, y otro targui prosiguió con la narración, mientras el Pirata Negro sentía impulsos de levantarse y, desenvainando, terminar con aquella macabra espera... Tarde o temprano él o Bahía serían designados por el brazo del cabecilla, e, incapaces de inventar lo que debía ser un cuento popular entre la gente del desierto, serían descubiertos...

—“Durante un año entero el chambi recorrió el Dahar, preguntando por la muchacha a cuanta gente se tropezaba. Un día encontró un pastor, al cual, después del saludo de costumbre, preguntó: “¿A qué tribu de los imuchar perteneces?”. “Soy ahaggar”, contestó el otro. “¿Qué noticias hay?” “¿Qué es lo que tú deseas saber?”, replicó el ahaggar. “¿Quiero saber de la chica que los imuchar han robado.” “¿Cómo se llama?...” “Zahra.” “Ya lo creo que la conozco— dijo entonces el pastor—. Está con nosotros.” “¿En qué posición se halla?” “Es la mujer del rey.” “Pues aconséjame qué

tengo que hacer para verla", dijo el chambi…"

Dajmur recorrió, con el brazo horizontalmente erguido, un semiarco, deteniéndole en otro targui, que con la misma monotonía que sus predecesores entonó en cantinela la continuación de la más popular de las historietas de la literatura targui:

—"De buena gana te aconsejaré— replicó el imuchar—si Alá te aconseja." "Muy bien; aquí tienes diez metkal y dame tu consejo. ¿Puedes tú hacer que la vea?" "No te preocupes por eso, que yo encontraré un medio. Empieza por quitar la silla a tu camello"…"

De pronto, el brazo izquierdo de Dajmur se distendió hacia delante. Pero el targui al cual señaló cabeceaba dormitando…

Al no obtener réplica, Dajmur retrocedió el brazo y de nuevo lo proyectó hacia delante, mientras murmuraba unas guturales exclamaciones.

El puñal envainado en su antebrazo izquierdo destelló, yéndose a clavar en la garganta del adormilado, en cuyo cuerpo hundiéronse las lanzas de sus vecinos.

—Dice Dajmur que es justo castigo al que no guarda los sentidos despiertos—explicó Bahía, y sus labios aplicados contra el oído del Pirata Negro añadieron—: Mátame si él me señala…

—Y si me señala a mí, ¿quién me matará?—sonrió el Pirata Negro, enlazándola por el talle para aquietarla, aunque íntimamente juzgaba que veíase en la más comprometida de las situaciones.

Dajmur, cuando le fué devuelto respetuosamente su cuchillo, señaló al que tenía el Pirata Negro a su izquierda…

—"El chambi quitó la silla al camello y la ocultó en una gruta donde se reservó sitio para él. "Mañana— le dijo el pastor—te traeré noticias." Partió el pastor, llevó el rebaño a su corral y se fué en busca de la mujer del rey. "Te traigo noticias", le dijo. "Bien venido seas—contestó Zahra—. ¿Y qué noticias son esas?" "He visto hoy a uno de los tuyos. No sé si tu hermano o tu marido." "No tengo hermano, ni marido, ni parientes en mi tierra." "Sin embargo —dijo el pastor—, el que ha hablado conmigo te conoce bien. Me ha dado tus señas y me ha dicho tu nombre" "Miente", contestó Zahra…"

Otra voz, a la señal de Dajmur, continuó con el relato, que Bahía iba traduciendo al oído del Pirata Negro, manteniendo contra la

suya su mejilla, tibia por el calor de una intensa emoción…

La escena tenía caracteres de aquelarre: los tuaregs erguidos, en posición sentada, apoyábanse en sus lanzas, en vastos círculos alrededor de la enhiesta figura del cabecilla, que ocupaba el centro de los humanos anillos.

El Pirata Negro obligó también a sentarse a Bahía, continuando manteniéndola por el talle.

—Menos probabilidades de que nos obligue a contar cuentos que ignoramos tú y yo…

—"El pastor se fué a acostar. Al día siguiente, al amanecer, ordeñó el ganado juntamente con su ama. Después, levantó los animales, y, cogiendo su cayado y una piel llena de leche, marchó con el ganado hasta encontrar el interlocutor de la víspera. "La muchacha no quiere venir contigo—le dijo—. Se encuentra muy a gusto entre los imuchar; pero no pases cuidado, que yo te la traeré." "Haz lo que puedas", contestó el chambi. Y, quitándose una sortija, se la dió, diciendo: "Lleva esta sortija a Zahra, que ella la conoce muy bien"…"

El brazo izquierdo de Dajmur describió un semiarco, pasando por delante de Bahía y el Pirata Negro, hasta detenerse en un targui sentado a cinco pasos de ambos.

—"Por la noche el pastor volvió con su rebaño al aduar. La mujer del rey vino con su jarra, y le dijo: "Trae las cabras, pastor, que las quiero ordeñar". Y, sentándose, se puso a ordeñarlas. El pastor se las llevó una tras otra, pero quedaba una todavía. Entonces, el pastor dijo a su ama: "Se nos había olvidado una cabra". "Tráela", contestó ella. Entonces, el pastor, sacando la sortija de un bolsillo, la echó en la jarra. Zahra, metiendo la mano en la jarra, sacó la sortija y la guardó. Después fué a su tienda, encendió una vela, se puso a examinar la alhaja, la reconoció y se quedó pensativa. El pastor, que la observaba, le dijo: "¿Qué te ha pasado". "No tengo nada", respondió Zahra. "Sé muy bien lo que tienes." "Sin duda, eres tú el que ha echado la sortija en la jarra," "Sí, yo he sido. ¿Sabes de quién es la sortija? ¿La has reconocido?" "Sí, la conozco y no la conozco", respondió ella. "Muy bien; pues el dueño de la sortija ha venido y yo le tengo escondido. ¿Qué debo decirle de tu parte?" "Nada; no le conozco"…"

Dajmur ladeóse para indicar con la mano a un targui que en el

círculo primero de nómadas daba frente al Pirata Negro...

—"Volvióse el pastor, y, cuando estuvo junto al chambi, le dijo: "Esa pilluela se negó a venir, pero iremos los dos a su tienda; aprieta la cincha de tu camello". Por la noche llegaron cerca del aduar y el pastor paró su rebaño a cierta distancia de él; hizo después esconder a su compañero entre los animales, y fué a encontrar a su ama, quien dijo: "Pastor, ¿por qué has parado tu rebaño tan lejos?". "Si me ha parecido bien hacerlo así, hecho está." Pusiéronse a ordeñar, y, cuando no quedaba más que una cabra, el pastor hizo levantar a su amigo y lo enseñó a la mujer. El chambi la cogió por los hombros, y le dijo: "Zahra, ¿no me reconoces?"..."

—¿A quién le toca ahora?—murmuró el Pirata Negro, cuya diestra manoseaba el mango de su espada, bajo los amplios ropajes.

Otra voz gutural fué salmodiando:

—"Ya lo creo que te reconozco— dijo ella—. Eres mi novio y mi primo." ¿Y por qué te has negado a venir donde yo estaba?" "Porque tenía miedo de que te pasara algo... Si el imuchar te viera, te mataría." "No temas por mí—le respondió él—. Al venir hasta aquí he hecho sacrificio de mi vida; desde hace un año he abandonado mi país para buscarte; hoy Alá te ha puesto entre mis manos, y no te dejaré escapar. Dime francamente: ¿quieres venir conmigo, sí o no?—Y al decir esto sacó el puñal de la vaina, y añadió: —Nos iremos juntos, o te mataré y te cortaré la cabeza"..."

—Buen método para obtener amores—bromeó el Pirata Negro, con las sienes sudorosas, para ahuyentar la visión que se le presentaba de él mismo dando muerte a Bahía, en evitación de que cayera en poder de los salvajes tuaregs.

Pero el brazo de Dajmur fué girando, pasando por delante de ellos, hasta señalar a uno de los pocos targui que estaba en pie, atrasado en los círculos humanos que rodeaban al cabecilla.

—"No—dijo ella—, no me matarás. Iremos juntos." Tomóla en seguida de la mano, y juntamente con ella se dirigió hacia el sitio donde estaba su cabalgadura, hízola arrodillarse y ensillar el camello y cargar el equipaje. El pastor trajo una bota de agua, otra de leche y provisiones de boca, y después se despidió de ellos. Pusiéronse en camino, y estuvieron en marcha día y noche durante cuatro días..."

—"Cuando el rey de Ahaggar volvió a su casa, buscó a su mujer,

y, no hallándola, preguntó al pastor, diciéndole: “Niño, ¿no has visto a Zahra?”. “No, mi amo—contestó éste—, no la he visto. Estoy encargado de guardar el rebaño; si te falta una cabra, dirígete a mí, pero no me pidas noticias de tu mujer, pues no las tengo”...”

Respiró el Pirata Negro, creyendo que la narración había terminado, porque Dajmur permanecía inmóvil, mirando hacia la luna.

Pero, de pronto, el brazo izquierdo del cabecilla volvió a distenderse, señalando a un targui a espaldas de Bahía...

—“El rey puso en pie a sus guardias, y les dijo que buscaran a su mujer, pues se había perdido. Los guardias se levantaron, ensillaron sus “meharis” y sus caballos y recorrieron el país en todos sentidos. Reconocieron el rastro de un “mehari” que caminaba muy de prisa, y volvieron a comunicarle al rey que no habían encontrado a su mujer, y que sólo habían podido reconocer el rastro de un “mehari” que iba muy rápidamente y seguía el curso del río. “¡Maldito sea el padre de vuestro padre!—dijo entonces el rey—. Es ella que se ha escapado. Ensilladme mi “mehari”.” Hicieron lo que les había mandado. Mientras tanto, el rey se preparó, se ciñó, tomó su lanza, su espada y su escudo, y montó en su “mehari”. Disponíase a partir, cuando sus guardias le dijeron: “¿Iremos contigo?” “No—les contestó—; nadie me acompañará; basta que hayáis hallado el rastro de un solo “mehari”; iré solo.” Partió, pues, solo; halló el rastro del “mehari” y se puso en su persecución...”

Dajmur alzó de nuevo el brazo, interrumpiendo al narrador... Tardaba en descender su brazo para señalar a uno más...

—¡Maldito sea el padre de su padre!...— rezongó el Pirata Negro —. Nunca oí hablar de una tortura semejante, virgen del aduar.

Bahía, abiertos hasta el máximo sus grandes ojos de dorados reflejos, prefería abstraerse en la contemplación del hombre que amaba y de cuya mano esperaba la muerte cuando Dajmur les señalase a uno de los dos...

CAPITULO II

Un final de narración accidentado...

Dajmur señaló a su derecha, en la ronda inmóvil de figuras blancas de erguidas cabezas de velado rostro...

—“Mientras tanto, el chambi había llegado cerca de un pozo; echó pie a tierra, descargó su camello y preparó un odre vacío. Después, dijo a Zahra: “Voy a bajar al pozo y te iré pasando agua para dar de beber a nuestro camello”. Bajó y empezó a sacar agua. La mujer estaba de pie cerca del borde y miraba el camino por donde habían venido; de repente, vió a un jinete en lontananza. El chambi seguía pasándole el agua, pero ella la iba echando sobre la arena. “Zahra —le decía él—, ¿todavía tiene más sed el camello?” “Sí, aún tiene más sed”, contestaba ella. Y continuó pasándole más agua, hasta que finalmente llegó el imuchar. Este último se apeó de su camello y, asomándose al pozo donde estaba el chambi, lanzó un grito y le apostrofó en los términos siguiente...”

Interrumpió Dajmur al narrador, manteniendo en alto el brazo izquierdo...

—Si salimos de ésta, virgen del aduar, recuérdame esta nochecita para que algún día yo aplique esta infernal tortura al peor de mis enemigos.

—Atormentas tu espada, mi dueño... No hay peligro, porque tú me matarás si Dajmur me señala...

—Eres fácil de contentar, hermosa mía...

Otra voz con sus guturalidades llenó estentóreamente los ámbitos, porque el señalado estaba alejado.

—“¡Muera tu tribu—gritó el rey—, ladrón de chambi, que has venido a nuestro país a robar una mujer que te quieres llevar! ¿Es que crees quitármela tan fácilmente y no temes a las gentes de

Ahaggar?” “Os temo, pero tu tribu fué la que primero robó en mi tierra. Pero que la voluntad de Alá se cumpla”, dijo el chambi, resignado. Y, dicho esto, se puso al cuello la cuerda que le tendía el imuchar. Éste y su mujer le sacaron entonces del pozo medio estrangulado. Le amarraron seguidamente y le expusieron a los rayos del sol de verano...”

La pausa de Dajmur fué prolongada, pero mantenía su brazo rígido...

—Si ahora te señala a ti, Bahía, resulta fácil. Comprende que asaron al chambi del demonio, y volvieron a su tierra muy felices...

—Tu buen humor me da fuerzas, mi dueño. Otro hombre, en tu lugar, habría ya aullado de pavor...

—No son las ganas de aullar las que me faltan. Pero considero que aún es pronto para ello. Son muchos, y Dajmur será lo suficientemente listo para comprender que ni tú ni yo estamos enterados de la historia del maldito chambi y la que era su novia.

El targui indicado por la mano de Dajmur se puso en pie, y, apoyado en su lanza, prosiguió:

—“Después mataron su camello y asaron sus carnes. Acercaron el chambi al fuego, le extendieron boca abajo y dejaron enfriar sobre su espalda las viandas quemantes. Después de haber comido, aguardaron que el calor del día hubiese pasado. Cuando llegó la noche, se levantaron, y el ahaggar salió en busca de su camello, que pacía por allí. El chambi, que seguía amarrado, dijo entonces a Zahra: “Dame un trago de agua. Me muero de sed.” “No—contestó ella—, no te lo daré.” “¿Por qué? ¿No temes la ira de Alá? Mira, mujer, que todo lo que me pasa lo sufro por tu causa. ¿Has olvidado que somos de la misma sangre?” Levantóse ella y le tendió el agua, pero presentándosela a distancia. “Añades más suplicio al que ya sufro, Zahra.” “Es que temo.” “¿Qué temes?—le dijo él—. ¿Es que me he vuelto para ti una bestia feroz y tienes miedo de mí?” “No es a ti a quien tengo miedo; lo que temo, es que el ahaggar me vea.” “El ahaggar está lejos—contestó el chambi—. Dame de beber, Zahra”...”

Dajmur levantó los dos brazos y por unos instantes mantuvo sus palmas pegadas a las sienes...

—A ver si le entra ya sueño y nos deja dormir—murmuró el Pirata Negro.

—Su ademán significa que presiente un peligro...

—El que lo presiente soy yo, virgen del aduar. He meditado si nos fuera posible aguijonear nuestros “meharis” y partir a todo galope; pero sería inútil. Nos darían caza.. Y me exaspera ya tanta cantinela. Por suerte, tu voz, repitiéndome ese cuento infantil, templa mis nervios.

Apartó Dajmur las manos de sus sienes y señaló a otro targui.

—“Acercóse entonces Zahra a él, pero, cuando estuvo a su alcance, el chambi le cogió la mano con los dientes y le dijo que le quitara las cuerdas, si no, se le comería la mano. “Suelta mi mano—dijo ella—y te desataré.” “No—contestó él—; no te soltaré si no me desatas antes.” Cogió entonces ella su puñal con una mano y cortó la cuerda con que estaba amarrado. Levantóse él en seguida y miró a ver dónde estaba el imuchar...”

La luna llena plateaba todos los contornos, resaltando las figuras inmóviles y la corpulenta silueta de Dajmur, que distinguíase de sus hombres no sólo por su escudo con su nombre, sino también porque, a diferencia de la mayoría, no era enjuto...

Dajmur tardó en señalar a un targui que a tres pasos de distancia de Bahía, como ella, iba repitiendo la narración al sordo que se sentaba junto a él.

El señalado vociferó, para que su compañero no perdiese sílaba de lo que, en pie, se disponía a relatar:

—“Vió al imuchar a lo lejos. Volvióse a vestir, se ciñó para el combate y fué a ponerse en emboscada en el camino que seguía su enemigo, que traía el camello. Cuando el imuchar estuvo a su alcance, le lanzó su puñal, con tanta fuerza, que le tumbó; después lo remató con su sable y le cortó la cabeza. Volviendo entonces donde estaba la mujer, le dijo, mostrándole el sable: “Si no temiera la ira de Alá, te haría lo mismo que acabo de hacer con el imuchar”. Sin embargo, no le hizo ningún mal, y, después de haber hecho arrodillar al camello, lo ensilló, cargó su equipaje, montóse él e hizo montar a la mujer detrás de él. Después, partió, llevando la cabeza del imuchar. Por fin, llegó a su país, acompañado por la mujer...”

Ante la imperativa señal, que hizo sentarse al que acababa de hablar a gritos, el Pirata Negro observó esperanzado el brazo inmóvil de Dajmur.

—Ese cuento ha terminado, y ya era hora.

—No lo creo, porque, si hubiese terminado, iniciaría Dajmur otra historia.

—Así, ¿tenemos para toda la noche? No creo que lo resistamos... Es un juego mortal, que tarde o temprano nos delatará...

Dajmur señaló a su izquierda...

—“Las gentes de la tribu de los chambi salieron de sus tiendas y, después de los primeros saludos, le dijeron: “Te creíamos muerto, pues ha pasado un año entero desde que te ste de aquí”. “Sí—contestó él—; vuestra hija quiso matarme, pero Alá no lo ha consentido.” “¿Cómo ha sido esto?”, le preguntaron ellos. Les mostró entonces la cabeza del imuchar, su equipaje y su camello, contándoles lo que había pasado. Después de haber oído su relato los hermanos de la muchacha se levantaron y le dijeron: “Eres un hombre y has obrado como un hombre”. Después cogieron sus sables y mataron a su hermana...”

Dajmur levantó el brazo y, descendiéndolo bruscamente, señaló al Pirata Negro.

Éste levantóse pausadamente, como lo habían hecho otros narradores señalados por Dajmur, mientras sentía contra su pierna rigidizarse el busto de Bahía...

Había llegado el momento temido, y comprendió el Pirata Negro que no existía la menor posibilidad de salvación, rodeado por dos centenares de hombres que, a su menor movimiento, responderían lanzando sus puñales y lanzas.

Le angustiaba la proximidad del momento en que debía dar muerte a la argelina, en evitación de que sufriera los peores tormentos...

Desenvainó bajo sus ropajes, dispuesto a combatir hasta sucumbir, y destelló su espada, cuando Dajmur, con ronca entonación, gritó unas palabras bruscas.

Y una inusitada actividad reemplazó la inmovilidad de los tuaregs acampados, los cuales, uno tras otro, fueron colocándose tras sus “meharis”, obligándoles a mantenerse arrodillados.

Bahía saltó en pie enlazándose a la cintura del Pirata Negro, quien, tendiendo el brazo, le indicó la razón por la que Dajmur y sus tuaregs semejaban haber olvidado al narrador, que no continuaba con el relato, delatándose.

En una de las tantas dunas que flanqueaban el lugar donde

acampaban Dajmur y sus nómadas, acababan de aparecer una decena de jinetes montando todos briosos caballos…

Vestían enteramente de negro y también era éste el color del velo que cubría sus rostros. También, como los tuaregs acampados, llevaban lanza y escudo redondo asido al antebrazo…

Fué el Pirata Negro girando la cabeza, y contempló como el hasta entonces desnudo desierto iba poblándose de sombras negras que, a lomos de hermosos caballos, en su mayoría blancos, iban inmovilizándose alrededor del campamento.

Sumaban una cantidad muy superior a los hombres de Dajmur, y era más amenazadora la quietud con la que permanecían alejados unos treinta pasos, en completo silencio, cual estatuas ecuestres de mármol blanco y negro, que cualquier movimiento de ataque o gritería que hubiesen emitido.

—Tuaregs del Sur—bisbiseó Bahía, temblorosa.

Manteníase ella abrazada al Pirata Negro, que, espada en mano, iba contemplando como acudían más y más sombras negras, las últimas de las cuales, a lomo de camello, iban reforzando las compactas líneas que sitiaban el campamento.

—Mejor es morir combatiendo, virgen del aduar—dijo el Pirata Negro, acariciando los sedosos cabellos negros de la argelina, a la cual quitó su cubrecabezas tuareg—. Ya no creo que pueda comprarte la mano de Fatma que deseabas, Bahía. Los recién venidos me lo impedirán…



...iban reforzando las compactas líneas que sitiaban el campamento.

Ella colocó su mano en la izquierda del Pirata Negro, abatiendo la cabeza. Carlos Lezama la atrajo hacia sí, colocándola tras la protección de los dos “meharis”.

Aguardaba de un momento a otro la ruptura de hostilidades, enervado ya por la expectante actitud que ambos bandos mantenían.

De pronto, parpadeó, asombrado… No apartaba la vista de Dajmur, al cual oyó emitir unas palabras roncas…

Dajmur desenvainó su sable, cuya hoja, por el filo, apoyó en su garganta…

—Dice que se cumpla lo que está escrito—murmuró Bahía.

El cabecilla de los tuaregs blancos cercenóse de un hondo tajo la

garganta y tras su “mehari” quedó arrodillado... Con bestial esfuerzo agónico apoyó el pecho en la lanza, cuyo regate estaba hincado en la arena, y la punta del acero penetró en su corazón...

Otros tuaregs iban repitiendo la misma doble operación macabra y suicida...

—¡Cobardes!...—rezongó el Pirata Negro—. Prefieren matarse, a morir combatiendo...

—Es que reconocen la superioridad de los tuaregs del Sur...

De pronto, el Pirata Negro hizo una señal a Bahía, indicándole que permaneciera tras el “mehari”, y mientras los del campamento iban dándose muerte a sí mismos, el Pirata Negro, arrastrándose, llegó hasta junto al cadáver de Dajmur.

Hurgó en su cubrecabezas hasta extraer el amuleto askri y la carta que había robado Bedra, y guardó ambos objetos en su cinto, regresando de nuevo junto a la aterrorizada argelina.

Tras los “meharis” iban amontonándose los cadáveres de los que primero se degollaban apoyados los pechos en la punta de sus lanzas...

—Simularemos la muerte—dijo el Pirata Negro—, y milagrosamente debemos considerar providencial la llegada de esos fantasmas negros.

El vasto círculo de inmóviles sitiadores continuaba sin efectuar el menor movimiento...

Bahía levantó la cabeza y sus labios rozaron la mejilla atezada del Pirata Negro... Los largos y sedosos cabellos negros se agitaron a impulsos de la negativa de la argelina.

—No, mi dueño. No hay salvación... porque es ley del Dallar que, a enemigo vencido y muerto, debe serle cortada la cabeza.

El Pirata Negro, arrodillado tras los dos “meharis”, observó el gesto fatalista con el que Bahía, señalando su puñal, indicaba a la vez su garganta.

—Dame muerte, mi dueño.

La respuesta del Pirata Negro fué silenciosa. Atrajo hacia sí las dos muñecas de la argelina, que maniató fuertemente con las correas que servían de bridas a los dos “meharis”...

Fué cortando en varios pedazos las largas correas, e inmovilizó las muñecas de Bahía, atándoselas alrededor del talle.

Ella, sorprendida, contempló cómo con los dientes el Pirata

Negro se maniataba a sí mismo, después de haberle quitado a ella los ropajes de tuareg, y quedando él vestido tan sólo con su pantalón de marino y sus botas, desnudo el torso...

—Muerte por muerte, Bahía, debemos intentar la última posibilidad que nos queda. Hemos sido hechos prisioneros por los tuaregs de Dajmur, y éramos cautivos de Dragut en Aissa. El porvenir dirá. Yo quiero vivir, y ésa es la única posibilidad. Si tú quieres la muerte, aun puedo dártela.

—Lo que tú hagas, bien hecho está, mi dueño.

Ella dejóse resbalar hasta quedar sentada, apoyada la espalda en el "mehari", y a su lado sentóse también el Pirata Negro, en la misma postura. Reclinó ella la cabeza contra su hombro...

—Tengo miedo, mi dueño.

—No te lo reprocho, preciosa, porque nada de divertido tiene cuanto nos rodea. No debí permitir que vinieses conmigo. En parte, si mis nervios sufrieron tirantez, fue por tu presencia, que muy triste es morir a tu edad, virgen del aduar.

—Junto a ti, la peor muerte no me arredra... Pero ¡hubiera sido tan hermoso vivir contigo!

Un silencio sepulcral habíase adueñado del campamento, al cesar ya los estertores de los que a sí mismos se habían dado muerte.

Pero el vasto círculo de sitiadores persistía en su fantasmal inmovilidad, y sus caballos, habituados a largas permanencias de quietud, obedecían al mandato de las riendas sujetas cortamente.

—¿Cuándo?... ¿Cuándo, ¡malditos sean!, van a empezar a decapitar?— murmuró el Pirata Negro, apoyados los labios en la diminuta oreja de la argelina.

—Velan... Velan los espíritus de los que se han dado muerte... Sólo cuando nazca el nuevo sol del día entrante cortarán sus cabezas.

—Tarde es para arrepentirme—sonrió el Pirata Negro—; pero mi palabra te doy, hermosa, que si llego a saber que en el Dahar existían tales costumbres, no penetro en su interior.

Miró a su alrededor, poblado de blancas sombras inmóviles por la muerte y atravesadas todas por la propia lanza... Los "meharis" rumiaban plácidamente...

La luna, acariciando con sus plateados fulgores aquella escena,

hacía aún más sepulcral lo que se le antojaba inverosímil al Pirata Negro...

—Veladas como ésas son propias para enloquecer a temperamentos impresionables—musitó—. ¿Por qué no intentas dormir un poco, en espera del amanecer, Bahía?

—No puedo dormir, mi dueño. Pero si me lo ordenas...

Ambos, sólidamente maniatados y hombro contra hombro, estaban ocultas a la visión de los sitiadores por los dos “meharis”.

El Pirata Negro aplicó sus labios en la mejilla marfileña de la argelina, que sonrió...

—No temas, Bahía. La suerte siempre ha sido benévola conmigo y traidora en parte. Nunca me concedió la muerte, y ahora que tú estás conmigo y que me considero responsable de ti, no permitirá que muramos en este lugar fantasmal. Al amanecer, la suerte decidirá.

—Presos...

—¡Mejor siempre que decapitados! —gruñó el Pirata Negro—. Mientras vida tengamos, queda esperanza. Muchas veces he estado preso, y siempre he hallado escape. Ahora, duerme, hermosa... Quiero ver tus párpados cerrados... Y no abras los ojos hasta que yo no te lo ordene.

—Como tú deseas quiero ser—musitó ella, cerrando los ojos.

El Pirata Negro, para luchar contra la opresiva tenaza del silencio que invadía aquel lugar de muerte, y para alejarse de la visión de los inmóviles sitiadores de cadáveres, remontóse en pensamiento hacia los lejanos días de su adolescencia.

Hizo desfilar por su mente las imágenes de su azarosa existencia, y cuando su recuerdo, voluntariamente lento, se posaba en la silueta de su hijo, al cual contemplaba entregado a sus juegos en la cubierta del “Aquilón”, sintió en su rostro una claridad que le hizo abrir los ojos.

El sol había irrumpido en el Dahar...

Bahía dormía apaciblemente, o al menos sus ojos estaban cerrados y su seno se alzaba y descendía rítmicamente. Pero no dormía, porque una sonrisa cohibida se dibujaba en sus labios, mientras sus dos manos atadas buscaron el contacto de las del Pirata Negro.

—No abras los ojos, niña. Lo que verías nada tiene de divertido.

Quedaba un círculo de jinetes, pero sostenían desde sus cabalgaduras las riendas de otros caballos sin jinetes.

Por entre los “meharis” iban desfilando a pie sombras negras, que alzaban y bajaban sus sables, cortando cabezas…

Rodaban los cráneos por la arena, con mates ruidos…

El Pirata Negro alzó la cabeza, al verse contemplado por varias sombras negras de rostro velado. Cercano a su rostro veía varios sables ensangrentados…

Alzábanse ya varios sables, cuando una voz exclamó varias palabras, incomprensibles para el Pirata Negro.

Bahía, obediente a la orden del que amaba, continuaba con los ojos cerrados.

Un individuo alto y esquelético destacóse desde detrás de los que mantenían sus sables dispuestos a entrar en acción, y quedóse inmóvil contemplando a la pareja sentada y cuyas manos veíanse ostensiblemente rodeadas por prietas correas.

El recién llegado hizo una señal, a cuyo conjuro tres tuaregs levantaron en vilo al Pirata Negro y le colocaron sentado a lomos del “mehari”, atándole por bajo el vientre del corpulento camello los tobillos y asegurando sus muñecas en el arzón de la silla de alforjas.

Bahía quedó frente al Pirata Negro, atada en la misma posición.

Un camellero tuareg vino a colocarse junto al “mehari” ocupado por los dos prisioneros, cuyas bridas asió.

Uno a uno todos los tuaregs fueron montando y en compactas filas rodearon a los dos prisioneros. El camellero aguijoneó los ijares del “mehari”, y la caravana emprendió la marcha…

Bahía, apoyada la espalda contra el pecho del Pirata Negro, bisbiseó:

—¿Puedo abrir los ojos, mi dueño?

—Encantado de que lo hagas, hermosa. Demuestra que los sigues teniendo con vida. ¿Oíste lo que dijo el que lleva la voz cantante?

—Dijo que nuestra vida pertenecía al príncipe Tarhit y que él decidiría nuestros destinos.

—¿Sabes quién es el príncipe Tarhit?

—No. Nunca he oído mentar su nombre.

Azuzado continuamente por el largo aguijón del camellero, el

“mehari” galopaba velozmente, y los blancos caballos con sus jinetes de negros ropajes formaban una escolta misteriosa…

Sacudió el Pirata Negro la cabeza para ahuyentar trágicos presagios.

Seguían incesantes las arenas resbalando bajo los cascos del “mehari”, y quizá por el acompasado y monótono cabeceo que el “mehari” imprimía a su rápido andar sintió el Pirata Negro una imperiosa necesidad de reposo.

Cerró los ojos, que le escocían, y Bahía sintióse feliz cuando la cabeza del hombre que amaba se posó en su hombro, murmurando:

—Nunca tuve almohada tan especial, virgen del Aduar…

—Quisiera poderte dar mis brazos por collar, mi dueño. Así dormirás incómodo.

—Pero dormiré más cómodo que si mi cabeza estuviera haciéndole compañía a las de los nómadas de Dajmur.

Cuando el Pirata Negro sacióse y sus fuerzas quedaban ya reparadas, abrió los ojos, creyéndose, al pronto, sujeto de un espejismo.

Una meseta semejante a una gran ballena dormida extendíase a unas diez leguas de distancia, rompiendo con la monotonía del desierto. Era una meseta estriada por abismos, y que semejaban el cráter extinto de un volcán, con enormes bloques calcáreos rezumantes de humedad viscosa.

La caravana flanqueó la meseta y de nuevo reapareció la inmensa sabana arenosa en abrupta pendiente, en cuyo extremo, y muy lejos, distinguíase una gran nube algodonosa…

Y, de pronto, el panorama cambió bruscamente. La caravana, coronada la cima de la duna, hizo frente a un macizo montañoso, de agujas empinadas que desaparecían hincándose en un halo de nubes blancas que a modo de cimera remataba la alta zona montañosa.

—Es el Djebel Trozza…—murmuró Bahía—. Lo reconozco en que tiene matorrales de “halffa”… Es la Tierra Prohibida. Ningún blanco la pisó jamás. Los pocos que lo intentaron, nunca volvieron, fuesen de la raza que fuesen. Así decía mi padre.

Por más que observaba el contorno de la base de las elevadas montañas de estrecho perímetro, el Pirata Negro no acertaba a comprender por dónde era posible el acceso…

Vió como los primeros componentes de la caravana entraban en

una plataforma formada por grandes maderos lisos enlazados por gruesas cuerdas trenzadas.

Pareció obra de magia ver cómo la plataforma iba ascendiendo por entre las abruptas paredes del abismo en el que se hallaba detenida la caravana.

A modo de una almadraba y tirada desde lo alto por invisibles fuerzas, la plataforma iba subiendo con su carga humana de jinetes y caballos.

Volvió a descender cuando ya parecía definitivamente perdida entre las altas nubes, y el camellero aguijoneó el “mehari” montado por los dos prisioneros.

La plataforma se bamboleó, y, suspendidos en el vacío, el “mehari”, el camello con el vigilante tuareg y cuatro jinetes, fueron ascendiendo como succionados por una misteriosa fuerza oculta en las nubes de la cima.

El sol seguía brillando intensamente y las figuras de los restantes componentes de la caravana de tuaregs de negros ropajes iban disminuyendo agrupados en la base de la montaña misteriosa…

CAPITULO III

El oasis fortaleza

Los noventa piratas del "Aquilón" agrupáronse en el oasis donde habían sido conducidos por Bahía y del que habían resistido el ataque de los beduinos de Dragut.

Cumpliendo las instrucciones recibidas, los dos lugartenientes del Pirata Negro habían renovado el doble cordón protector con nuevos barriles, ocupando los hoyos, que no tuvieron necesidad de excavar, ya que las primeras explosiones que habían sembrado la muerte entre los beduinos crearon lugares apropiados para enterrar a flor de suelo las cargas explosivas.

Cuando terminó el enlace de mechas, y en los hoyos del interior del oasis quedaron varios piratas de centinela junto al extremo de las mechas, "Cien Chirlos" y "Piernas Largas", ambos separados del resto de los piratas, dedicáronse a masticar lúgubremente sus escasas raciones de tasajo y los más abundosos dátiles del oasis, que deglutían a fuerza de apurar agua que, generosa, brotaba del manantial.

—"Él" se ha ido...—empezó a decir "Cien Chirlos", deseoso de hallar consuelo en la fácil parla del andaluz de largas piernas esqueléticas y ancho tórax atlético.

—"Él" volverá pronto, carota fea. ¡Digo! ¡Ni "na", ni "na"! ¿Desiertos y ensabanados a "él"? Si dudas de que "él" pueda ganar en esta empresa, es que eres un hombre de poca fe, carota.

—Yo... ¡yo lo que digo es que tú hablas demasiado!—masculló torvamente "Cien Chirlos", arrugando las múltiples cicatrices de su horrendo rostro, en esfuerzo pensativo—. Lo que me ocurre es que cuando se va..., pues me quedo solo, y tengo ganas de matarme con mi sombra.

—Te comprendo — admitió sinceramente el andaluz—. Porque a mí me ocurre otro tanto. ¿Qué pasa?

Su pregunta iba dirigida a un pirata que acababa de aproximarse.

—Algunos que me mandan para saber qué es lo que aquí hacemos, “Piernas Largas”—dijo el aludido—. Tú eres el jefe de mi grupo, y nosotros queremos saber si vamos a estar mucho tiempo aquí, perdidos en este condenado desierto, donde todo es arena y donde sólo se puede beber agua y empastarse la boca con esos dátiles del infierno.

“Piernas Largas” levantóse cuan largo era, distendiendo los dos brazos a la vez y asiendo por el coleto al demandante-embajador.

Lo zarandeó brutalmente, aplicándole sendos rodillazos en el estómago.

—Con que preguntitas, ¿eh?...—iba diciendo a medida que lo sacudía—. Y “comencipios” de rebelión, ¿no?... ¡Aquí estaremos sesenta y cuatro años, si es preciso! ¡Porque así lo manda nuestro jefe!

Dió un empellón al zarandeado, lanzándolo contra el suelo, y avanzó, seguido por “Cien Chirlos”, que a la hora de hablar cedía siempre la palabra al andaluz.

Pero hizo lo mismo que Curro Montoya: desenlazar el largo látigo que sólo eran tres a portar: el propio Pirata Negro, “Piernas Largas” y “Cien Chirlos”, como símbolos de su mando.

—¡Hatajo de borricos!... — gritó “Piernas Largas”, muy hecho al estilo oratorio del Pirata Negro—. ¿Os impresiona esa sabana de arenas tendida a nuestro derredor? ¿Os gustaría más un panorama de olas salpicando la madera flotante del velero? ¡A mí también! Pero nuestro jefe ya os lo advirtió antes de poneros en marcha. Y ahora, ¡a aguantarse! Perros que sois, hambrientos y sedientos de borracheras.—Y el andaluz, inconscientemente, se pasó la lengua por los labios con nostalgia de vino. —¿Qué creéis que hacemos aquí? Estar tranquilamente en una fortaleza, mientras nuestro jefe sigue la pista del gran tesoro. ¿Creéis, acaso, que “él” se ha ido a pasear? Me dais asco. Nos dais asco a “Cien Chirlos” y a mí. Sentimos pena de ver lo blandengues que sois... ¿Qué quieres tú decir, “Carne Cruda”?—rezongó torvamente el andaluz, al ver avanzar con la mano levantada a uno de los piratas, de rojiza

complexión robusta.

—Ese es de mi grupo—advirtió esperanzado “Cien Chirlos”, agitando su látigo—. ¿Qué vas a rebuznar, borricón?

—Ninguno de nosotros protesta, “Cien Chirlos”—dijo precipitadamente el interpelado—. Todos estamos muy conformes con cuanto nuestro jefe disponga. Pero es... ¡que queremos pelear! ¡Nos aburre y nos mata el estar mano sobre mano!

—¿Con quién vamos a pelear, so borrico? — vociferó “Cien Chirlos”—. Tiempo habrá..., pero, ¡ahora, aguantarse! Tenemos agua, comida, y este oasis es una fortaleza. Estamos aguardando orden de marcha, y habrá próxima pelea. Mientras, al que rechiste... ¡le parto los hocicos! ¿Quién quiere hablar?

Aguardó unos instantes “Cien Chirlos”, pero todos los piratas permanecieron en silencio; y los dos lugartenientes apartáronse, con cierta desilusión.

—Les atosiga tanto silencio de arenas—reconoció “Piernas Largas”.

—Están mal acostumbrados a la mar y al viento mojado—acotó “Cien Chirlos”—. También, aunque así no fuera, aunque no nos rodeara tanto desierto, ellos están inquietos cuando “él” no está. Por eso les perdono y no la he emprendido a latigazos con sus carroñas...

—Deberíamos hacerles trabajar...— sugirió “Piernas Largas”—. ¿Qué te parece un redondel de fosos tramperos, carota fea? ¿No dijo “él” que debíamos convertir eso en una fortaleza?

—Cierto. Trabajando, pasará el tiempo más aprisa.

Los que trabajaron fueron los noventa tripulantes del “Aquilón”, dirigidos sin contemplaciones por los dos lugartenientes. Excavaban junto al perímetro del oasis y después del segundo círculo de hoyos conteniendo las cargas explosivas.

Lograron prontamente formar una honda zanja circular, que cubrieron engañosamente con largas ramas de palma que fueron desgajando de las abundantes palmeras, cuyos racimos de dátiles fueron amontonando en el centro del oasis.

Terminada la labor, contempló “Piernas Largas”, complacido, el resultado de su idea.

—Le gustará a “él” cuando regrese —comentó.

—Sí..., pero, ¡imbécil que eres!— exclamó de pronto “Cien

Chirlos”—. Nadie entrará sin caer en los fosos..., pero ¿y cómo salimos nosotros?

—Te ahogarías en un vaso de agua —dijo despreciativamente el andaluz, aunque dedicábase, mientras, a pensar rápidamente en la solución del problema—. Cuando tengamos que salir..., pues unos se dejan resbalar al fondo de los fosos, y, formando torre humana de tres, uno encima de otro, van pasando a tierra firme al otro lado. ¡No! Alisaremos varios troncos y serán pasarelas. Cosa de niños.

Fueron derribadas las tres palmeras más altas, que poco después entraban en función, cuando a lo lejos divisó “Cien Chirlos” las dos siluetas que a lomos de un “mehari” iban acercándose.

Primero creyó en el regreso del Pirata Negro y Bahía, pero, decepcionado, comprobó que se trataba del corso Bruno Bronzo y una desconocida de rostro velado, vestida a la usanza árabe y de inmensos y maravillosos ojos negros.

—Es el “Taciturno”—dijo “Piernas Largas”, mientras aguardaba al otro extremo del improvisado puente tendido por encima de los fosos tramperos.

El corso y Julia de Groschetti atravesaron el puente, y él tendió al andaluz el mensaje escrito por el Pirata Negro, que en voz alta deletreó “Piernas Largas” para que fuese oído por todos los piratas.

“Curro Montoya:

”Darás diez hombres de escolta a Bruno Bronzo para que lo acompañen a él y a su prometida hasta la costa. Yo estaré ausente por unos días. Seguid manteniendo inviolable el recinto de mi oasis.

”Si mi ausencia se prolongase más de un mes, regresad al “Aquilón”, que será vuestro.

”Carlos Lezama.”

El andaluz dobló el escrito y se encaró con los aventureros restantes.

—Ya habéis oído. Diez hombres para escoltar al caballero y a su prometida hasta la costa. Formad entre hileras, y cuando estéis alineados, a una voz de vuestro segundo “Cien Chirlos”, dad un paso al frente los que queráis volver a la costa.

A la voz de “Cien Chirlos”, los noventa aventureros dieron todos un paso al frente.

“Piernas Largas” hizo una mueca zorruna que equivalía a una sonrisa, y “Cien Chirlos” arrugó el semblante espantosamente.

—¡A suertes!—ordenó “Cien Chirlos”—. Tú, “Carne Cruda”, porque sabes orientarte, irás al frente de los nueve borricos que tienen prisa por perder de vista el desierto. Los elegirás con tus dados. El número tres.

“Carne Cruda” fué arrojando un dado delante de los pies de cada uno, y cuando rodaba el número tres, inmovilizándose delante de alguno, éste se apartaba, visiblemente alborozado.

Quedó prontamente formada la escolta, y “Piernas Largas” se acercó al corso, que, sosteniendo por el talle a Julia de Groschetto, ostentaba en su habitualmente trágico semblante una expresión de contento inusitado.

—Ahí tienes la escolta, señor Bruno Bronzo. Puedes partir cuando quieras. Que la suerte te acompañe.

—Gracias, amigo. Pero antes quiero entregarte algo—y el corso, hurgando en su forro de casaca, arrancó un trozo de tejido, extrayendo un documento de grueso pergamino, repleto de firmas y sellos.

Lo tendió al andaluz, que dió vueltas al papel, extrañado.

—Eso, ¿qué es?

—El documento de pago por el cual un banquero romano pagará al portador la suma de trescientos cincuenta mil ducados de oro.

—¡Cáspita!—exclamó el andaluz—. ¿Dónde reside este banquero y para qué me das esa tentación?

—El banquero reside en la Vía Tridento, en la capital romana, y este dinero es mi fortuna, que prometí entregar a quien rescatase a Julia de Groschetti. Sin la ayuda que de tu jefe recibí, nunca habría logrado mi redención y el amor de la que me acompaña.

—¿Por qué no le entregaste este documento que tanto oro vale a nuestro jefe?

—Porque conozco su carácter y no lo habría admitido.

—Entonces, yo... no puedo admitirlo, porque “él” me cascaría las muelas.

—Guárdalo. Algún día tu jefe puede hallarse en situación en que este documento le saque del mal paso. Adiós, amigos. Os recordaré siempre con afecto, porque nunca conocí hombres más valientes que vosotros.

“Piernas Largas” saludó profundamente a la mujer que, acompañada por Bruno Bronzo, se alejó entre los diez piratas

montados a caballo y provistos de provisiones.

Desaparecieron las siluetas de la pequeña caravana en el horizonte de arena...

“Piernas Largas” manoseó dubitativamente el documento, observado ceñudamente por “Cien Chirlos”.

—Todos tenían ganas de largarse, ¿te diste cuenta, carota?

—De lo que me doy cuenta, es de que has cogido un papel que no debiste agarrar.

—Seamos sensatos, compadre. Este hombre se hubiera ofendido si yo no le admito el obsequio. ¿Oíste el número? Trescientos cincuenta mil ducados de oro. ¡Que me aspen si eso no es un tesoro!

—“Él” no quiere pago.

—Atiende, compadre. El corso habló palabras que me convencieron. Dijo que algún día nuestro jefe puede verse en un mal paso... Este dinero puede salvarlo. No lo tocaremos. Hagamos un juramento. Esa fortuna será incobrable mientras un peligro de muerte no ronde a nuestro jefe, y si es peligro del cual el oro puede salvarle, entonces sacaremos a relucir estos ducados, cobrándoselos al banquero romano de la Vía Tridento... Tan sólo con esta idea cogí el documento. ¿Para qué quiero yo oro mientras siga estando a las órdenes de nuestro jefe?

—Puesto así, ya es otra cosa—admitió “Cien Chirlos”—. Pero si lo callamos, ¿no será engañarle a “él”?

—No, “home”; no seas “buscarrazones”, que discutes más que un juez.

—¿Yo, un juez? Cuidado con lo que dices, que no acepto insultos.

—Fué una comparación que se me acudió de pronto, carota. Retiro lo dicho. Tú vas a coserte este papel en el forro de tu pantalón, y verás como algún día me abrazarás por haber yo aceptado el documento de manos del “Taciturno”.

—¿Por qué he de ser yo quien me cosa este papel en la ropa?

—Porque tú eres el hombre de más confianza de nuestro jefe. Pero, en fin, no pelearemos por esto. Iremos a medias. Durante un mes lo llevarás tú, otro mes yo, y así por años y años, y si alguno de los dos se muere antes que el otro, pues... se queda con el documento para hacerlo servir en caso de que nuestro jefe lo necesite.

—Bueno. Ahora léeme otra vez el mensaje que “él” ha mandado.

Mientras “Cien Chirlos”, con ayuda de un cuchillo y bramante, iba cosiendo toscamente, formando un bolsillo secreto en su pantalón, tras envolver el documento en lona embreada que evitara mojaduras, “Piernas Largas” leyó varias veces el escrito del Pirata Negro.

—Si dentro de un mes no ha vuelto...

—¡Yo aquí aguardaré hasta que no queden dátiles ni agua!—bramó “Cien Chirlos”, encolerizado.

—Por una vez estamos de acuerdo, so bruto—sonrió el andaluz—. Los demás, si quieren irse, que se larguen con viento cálido. Tú y yo aquí aguardaremos, porque, tarde o temprano, él volverá. ¡Que es mucho hombre nuestro jefe para dejar que unas arenas le sirvan de tumba!

CAPÍTULO IV

La ciudad invisible

La plataforma iba ascendiendo, atraída desde arriba. El Pirata Negro, atado a lomos del “mehari”, iba adivinando la causa, que a primera vista semejaba magia en aquel ascenso.

Las gruesas sogas contenían fibras de hierro retorcido, y estaban engrasadas... De vez en cuando, la plataforma daba una sacudida, y fué calculando el Pirata Negro que cada una de las sacudidas correspondía al largo liso que entre nudo y nudo de las sogas se distendía. Por lo tanto, deducíase que en lo alto unas gruesas poleas maniobraban por tracción, a modo de ruedas giratorias, alrededor de las que iban resbalando una por una las sogas que en número de diez soportaban la gran plataforma.

Las paredes por entre las que ascendía la plataforma eran roquizas y veteadas de estrías marmóreas. A cualquier lado que se mirase, en lo alto o alrededor, sólo se encontraba una atmósfera gris.

Lo peor de todo en aquel extraño viaje hacia lo alto era el gran silencio, una quietud ultraterrenal, que no era interrumpida ni quebrada por ninguna voz humana, ni siquiera por el grito remoto de algún pájaro u otro animal.

Sin embargo, la luz gris era diurna, y comprendió el Pirata Negro que se debía a los rayos del sol que iluminaban sin atravesar la densa capa de nubes que formaba el horizonte en lo alto de la montaña.

Inmovilizóse la plataforma ante una explanada en cuyo centro alzábase un gran edificio de mármol blanco, cuya fachada la constituía una profusión de arcos y columnas.

Eran columnas esbeltas y numerosas, y el mármol envuelto en

celajes de grises tonalidades producidos por la resistencia de las nubes al paso del sol, que creaban la sensación de hallarse ante una inmensa necrópolis.

Aquella explanada parecía estar suspendida también en una plataforma sustentada por algún picacho aislado.

Producía aquel edificio una fuerte impresión de aislamiento y vaciedad... El Pirata Negro y Bahía fueron liberados de las ligaduras que rodeaban sus tobillos, y, siempre en silencio, el camellero les señaló los arcos y las columnas de la fachada.

Al acercarse a aquel paraje, vieron bajo los arcos primeros un grupo de figuras negras en sus ropajes que tenían en su inmovilidad y en su postura de sentados en cuclillas el aspecto fantasmagórico al cual ya se había habituado el Pirata Negro.

Penetraron escoltados por cuatro tuaregs en el interior de un gran patio donde, a semejanza de un claustro de calados mármoles, había galerías que en cuadro rodeaban unos pequeños estanques, junto a los que crecían rosales de extrañas rosas de intenso color rojo...

Y, de pronto, inesperadamente, dos grandes lienzos negros se abatieron, respectivamente, sobre las cabezas del Pirata Negro y Bahía... La sombra más densa invadió a ambos, que, cegados por las improvisadas capuchas, sintiéronse transportados en volandas durante un largo trecho.

Cuando les fué arrancada la tela que cubría sus cabezas, viéronse atados por las muñecas a la espalda a argollas empotradas en una columna.

Estaban en una reducida estancia herméticamente cerrada, por cuya única puerta acababan de marcharse los varios tuaregs que hasta allí les habían llevado, dejándoles encerrados.

Sin embargo, respirábase no sólo un aire refrescante, sino oloroso, en el que predominaba el aroma de las rosas entrevistas en el gran patio donde habían entrado apenas habían abandonado la plataforma.

En la sala no había más que la columna que, ocupando su centro, parecía tener por misión soportar el abovedado techo. En cada esquina lucía la llama de una mecha retorciéndose en una cazoleta donde, a un denso líquido, se unía el vapor que, oliendo tenuemente a incienso, se desprendía del cerco de metal que

rodeaba el borde de la cazoleta.

—Tengo miedo... — susurró Bahía, aproximándose cuanto pudo, hasta quedar apoyada de costado contra el Pirata Negro.

Él la miró con fijeza, guiñando levemente...

—No debes temer, esposa mía. Si cautivos éramos del pirata Dragut, mejor estamos en poder de esta raza extraña, que no pueden ser piratas ni gente que trafique en rescates.

Ella le miró, susurrando:

—Nuestro lenguaje no lo comprenden ellos..., aunque estén escuchando desde algún escondrijo.

—Bien comprendes tú el suyo, hermosa.

—Prefiero que me llames esposa. Me acaricia el oído, mi dueño...

La puerta rechinó sobre sus goznes, y un individuo efectuó su entrada portando una banqueta de cuero cuyas patas eran delgadas barras de madera labrada.

La puerta se cerró a sus espaldas, y el recién llegado instaló con parsimonia la banqueta frente a los dos prisioneros sentados en el suelo, sentándose a su vez.

Vestía un gran abrigo de tela negra que le llegaba hasta los pies, calzados con babuchas de rojo tafilete. La cabeza, desnuda de toda tela, era completamente calva, y de la afilada barbilla pendían unos cabellos blancos y ralos.

Apergaminado el rostro, denotaba una vejez acentuada, pero el flaco cuerpo y las descarnadas manos tenían un color marfileño y no demostraban senilidad, como tampoco la había en el brillo acerado de los negros ojos, sobre los que las cejas ralas emblanquecían el semblante, que miró en silencio al Pirata Negro y a la argelina.

—Habla, Bahía—conminó el Pirata Negro—. Dile a este anciano que estoy harto de guardar silencio. Que tú eres mi intérprete, y que conoces el idioma targui y que tu padre fué un gran amigo de los reyes del desierto.

Bahía habló las guturalidades, a las que también habíase ya acostumbrado el Pirata Negro...

El anciano, cuando ella terminó de hablar, sacudió lentamente la cabeza, como valorando lo que acababa de oír. Sus afilados dedos, abiertos encima de sus descarnados muslos cubiertos por delgada

tela negra, le daban cierta semejanza con un ídolo maligno.

Entreabrió la desdentada boca, y murmuró:

—*Iuf afull ouyan ahassen ittemalen*.

—Dice que vale más lo que se ve que lo que cuentan—tradujo Bahía.

—De acuerdo; pero ¿qué es lo que quiere significar con esta máxima? Pregúntale dónde estamos, qué suerte nos espera y quién es él.

Habló unos instantes Bahía, y el anciano, tras un instante de reflexión, habló a su vez.

Bahía giró la cabeza hacia el Pirata Negro.

—Dice que él es una alimaña de la ciudad invisible, que es donde estamos, y de la cual nunca saldremos si el príncipe Tarhit nos deja vivir. Lo cual dependerá de aquello para lo cual sirvamos.

—Dile que servimos para muchas cosas. Que somos cautivos que caímos en poder de Dragut el mahometano. Que los tuaregs del Norte mataron a Dragut y sus hombres y nos hicieron también prisioneros. Que yo soy hombre de mar y español, y que tú eres mi esposa y argelina.

El anciano fué escuchando sin perder un ápice de su continente inmóvil.

—*Ire ijen ahel-lum der irinit, Attief Yal-la ar hast irkeben*—dijo lentamente el viejo.

—Dice que si te atas una cuerda al cuello, el diablo manda a alguno para que tire de ella.

—Ya me está hartando también este buen viejo con sus refranes incomprensibles.

—Yo creo entenderlo, mi dueño... Quiere significar que, por haberte tú acercado a las costas bereberes, ahora estás preso.

—No hace falta ser un lince para que él lo haya adivinado.

De pronto, el anciano habló y el Pirata Negro tardó en hallar respuesta, porque quedó completamente desconcertado.

El misterioso viejo, en perfecto español, acaba de preguntar:

—¿Cuál es tu nombre y tu profesión, hombre que no te arredras por tu grave situación?

Bahía, abiertos los ojos, quedóse contemplando al anciano, que, serio el ascético semblante, permaneció a la espera de la respuesta.

—Me llamo Carlos Lezama y soy capitán de mar. ¿Quién eres tú,

que de tal modo hablas mi lengua? De todos los misterios que hasta ahora he ido viendo, ninguno te iguala…

—Todos los misterios tienen su explicación lógica, capitán Carlos Lezama. También un día yo fuí hombre de mar… Hace… hace cuarenta y cinco años, era yo piloto y cartógrafo a bordo de un galeón que naufragó… Hoy tengo noventa y seis años, y casi he olvidado quién soy y cuál es mi, nombre. Salvaré tu vida, capitán Lezama, porque ¡yo también soy español!

—Me creí inmune a sorpresas, anciano amigo, pero tu voz y tus palabras me reconfortan. Soy sincero al decirte que así como en lo último en que habría pensado es en oír hablar español en una ciudad de tuaregs, también ahora me invade la esperanza, que empezaba a perder, contra mi costumbre. Quizá para serenar mi temple oiré con gusto el relato de los motivos por los que resides en un poblado de tuaregs, donde dicen que nunca un hombre blanco pisó.

—Poco hay que contar… Está muy lejos el pasado. Mi nombre es Luis de Soto y soy asturiano. Cuando naufragué fuí vendido como esclavo a un comerciante argelino. Fuí aprendiendo las costumbres bereberes e hice estudios de la historia de Ifrikia y del idioma targui. Un día vino a la tienda de mi dueño un comprador de esclavos. Buscaba un hombre que supiera lenguas europeas y también la lengua targui y que fuera culto. Me compraron para Aboghelité, que era el padre del príncipe Tarhit. Me trajeron aquí y aquí moriré, porque nadie sale nunca de esta ciudad si es de raza ajena a los kel-air. Cuando murió Aboghelité, yo continué al servicio del príncipe Tarhit, que es el que hoy manda en esta tribu de los kel-air. Soy su intérprete, como lo es para ti esa bella muchacha que es tu esposa.

—Preguntaste antes varias cosas. Entre otras hiciste alusión a que salvaríamos nuestras vidas si servíamos… ¿Qué quiere esto significar?

—Los kel-air son muy aficionados al arte y a la literatura. Así como también a la música. Alguna vez han traído prisioneros cautivos, pero al no saber tañer instrumentos musicales ni tener capacidades artísticas los han matado.

—¡Yo sé cantar y tañer el “amzad”!—exclamó Bahía—. Y mi dueño es maestro en mil artes…

—El príncipe Tarhit se guía por mi consejo—dijo Luis de Soto—. Porque sabe que hoy soy un kel-air más, porque me encariñé con este vivir plácido sin ambiciones. Tendréis vida salva y serán liberadas vuestras manos. Pero no intentéis lo imposible. Nunca escaparéis de esta ciudad invisible.

—¿Por qué llamas la ciudad invisible a este poblado de kel-air?

—Está en la cúspide de la montaña y las nubes perpetuas a ojos humanos que del desierto avizoren. Sólo hay un camino de entrada y nadie puede por él transitar sino es los propios kel-air. Debes ir acostumbrándote a abandonar toda esperanza de escapada, capitán Lezama. Para siempre jamás tú y tu esposa viviréis en la ciudad invisible.

—Mejor lo prefiero a morir en el desierto como por unos instantes temí.

—Respondes así, pero leo tras tu frente el deseo de huir tan pronto como halles ocasión. Pero si tal intentas, morirás a manos de los kel-air. Considero muy natural que no te resignes a vivir para siempre en la ciudad invisible, porque eres joven, tienes sangre impetuosa y no puedes conformar tu espíritu a la idea de vegetar entre nubes, perdido en una ciudad apacible del Djebel Trozza.

—Tú eres anciano, tienes experiencia y eres como yo español. No quiero engañarte. No me resigno a vivir para siempre encerrado, aunque sea en jaula placentera. Prefiero hablarte con sinceridad.

—Hazlo siempre conmigo, capitán Lezama y no te arrepentirás. Voy a hablar con el príncipe Tarhit... Piensa mientras tanto en cuanto me has dicho... y si lógicamente has mentido, intenta enmendar tu yerro, y háblame sinceramente cuando aquí regrese.

Dejó el anciano su banqueta y tras repicar en la puerta, abandonó la reducida estancia.

De nuevo se cerró la puerta y al quedar solos, Bahía aproximó sus labios al oído del Pirata Negro.

—Este anciano tiene poder de adivinación, mi dueño. Lo leo en sus ojos y en las arrugas de su frente.

—¿Es cierto que tú tañes algún instrumento musical? Empecemos por averiguar si tú también mientes...

—Yo conozco el “amzad”, que es un laúd de tres cuerdas. Mi padre me enseñó este arte, y en todo Argel la Blanca era conocida mi maestría en musicar poemas.

—Eres una perla, Bahía. Me siento ya resucitar, y, pese a los kel-air, yo he de ver la forma de irnos de su ciudad invisible. Quizás si no tuviera mi hijo, podría hacerme a la idea de vivir aquí contigo hasta que nos apergaminásemos como Luis de Soto. Quizás en este rincón del centro de Ifrikia existe la beatífica felicidad, porque no hay ambiciones ni luchas en el recinto de la montaña inviolable.

La puerta abrióse y Luis de Soto ocupó de nuevo su banqueta.

—He hablado con el príncipe Tarhit. Deja a mi libre albedrío el disponer de vosotros dos. He propuesto que viváis en mis habitaciones y ha aceptado. No creo que por ahora os llame. Si lo hace os instruiré sobre la forma en que debéis comportaros delante de él.

—Tengo curiosidad por conocer al príncipe Tarhit. Si confía en ti, no es un salvaje inculto.

—El príncipe Tarhit atesora grandes cualidades. Es joven; cuenta tan sólo con diecisiete años. Es melancólico y enfermizo y le quiero como si de mi hijo se tratara.

—Tengo yo también un hijo de mi carne, señor de Soto. Por él no puedo empeñar mi palabra de permanecer aquí. Buscaré como pueda el huir, pero si te empeño mi palabra de hombre que si logro mi intento, a nadie nunca revelaré el emplazamiento de esta ciudad invisible.

—Hablas como hombre de mar y hay sinceridad en ti, capitán Lezama. Prosigue, y nunca lamentarás el no haberme querido engañar.

—Quiero creer en ti, señor de Soto, porque es tan extraña la situación en que me hallo que no me siento dispuesto a servirme del engaño. Me parece irreal cuanto me acontece, y si voy a franquearme contigo es porque de ti emana algo indefinible que me hace suponer que eres bueno y desprecias la mentira.

—Alcancé una edad en la que todo me es indiferente, capitán Lezama. Todo… menos la maldad, la ambición y la mentira.

—Maldad no la hay en mí. Ambición sí, pero para lograr que mi hijo sea el caballero que yo no pude ser. Mentir… sólo lo hago para salvar mi vida. Por eso antes te mentí. Ahora quemo mis naves… y sea lo que sea.

—Cuanto me digas no lo he de repetir.

—Vine a la costa bereber con mi velero. Tenía por misión

rescatar cautivos europeos. Vencí al judío Sinau, un pirata de Esmirna que residía en la costa tunecina. Liberé a varios centenares de cautivos y regresé de nuevo porque perseguía el rescate de una niña de la ciudad de Málaga, que, según parece, fué presa por Dragut... A Dragut le maté yo mismo, y supe que la niña cautiva había sido raptada por tuaregs. Por eso vestí ropas de tuareg y me mezclé a los nómadas del cabecilla Dajmur. Cuando llegaron los kel-air fingí ser preso... porque era la única salvación que entreveía. Esa es mi historia.

—¿Y la de tu esposa?—y el anciano señaló con una mano descarnada hacia Bahía.

—No es mi esposa. Es una virgen de aduar que encontré por el desierto. Se acogió a mi protección... y ya ves el resultado. La he condenado a no sé qué destino.

—No temas por ella. Conseguiré que el príncipe Tarhit la proteja. Pero nunca podrá ella salir de aquí. Ahora ordenaré que os liberen a los dos. Residiréis en mis alojamientos. Son hermosas habitaciones que dan vista a terrazas floridas, porque el príncipe Tarhit ha rodeado su palacio de rosales. Quiero antes hacerte unas advertencias, capitán Lezama. Cuando yo tenía tu edad era también impetuoso y luchador. Adivino en ti mi mismo carácter de entonces... Podrás transitar por mis habitaciones y por las terrazas que dan frente a sus ventanas. Pero no más allá de los límites que yo te indique. Si los sobrepasas, serás muerto a lanzazos. También recibirás la misma suerte si haces objeto de la menor violencia a cualquier targui, kel-air o a alguna de sus mujeres.

—Quedo advertido.

Aproximóse Luis de Soto a la puerta y la abrió, hablando guturalmente. Dos kel-air entraron y en silencio quitaron las ligaduras que ataban al Pirata Negro y a Bahía a la argolla de la columna.

Desaparecieron en el mismo silencio en que habían entrado.

—Ahora, seguidme—dijo el anciano.

Al salir del estrecho recinto, quedó levemente deslumbrado el Pirata Negro, en cuyo brazo se apoyaba Bahía. Estaban en el gran patio de mármoles calados y rosales donde una hora antes habían entrado.

Señaló Luis de Soto el ala derecha del claustro arábigo.

—Esas son mis habitaciones y ahora también las vuestras.

Atravesaron la galería, entrando en una gran sala adornada profusamente con lujo oriental, de la que pasaron a otra estancia más reducida, ocupada por una gran mesa y libros en muchos estantes.

—Aquí es donde trabajo en mis estudios históricos y geográficos, ayudado por libros que de Argel y de puertos europeos me consiguen, gracias al favor del príncipe Tarhit.

Dos habitaciones más, una de ellas alcoba, componían el alojamiento del consejero del jerife de la tribu kel-air.

Todas ellas daban a unas anchas terrazas limitadas por cortos muros de reducida altura. El horizonte era de grisáceos contornos, que difuminaban la visión…

Parecía como si el palacio del príncipe Tarhit estuviera solitario en un mundo perdido entre nubes…

—Más arriba, en la montaña, está la ciudad. Os está vedado ir a ella. Os está vedado salir de estas terrazas, ni de estas habitaciones. Si fuerais sorprendidos transitando por el palacio, seríais muertos a lanzazos. Os aconsejo que vegetéis en mi compañía.

La tenue sonrisa del anciano era bondadosa. Para el Pirata Negro en aquella sonrisa existía una dulce filosofía no exenta de conformidad, pero carente de resignación.

Y como si adivinase lo que pensaba, dijo Luis de Soto:

—Yo no aspiro a más que morir rodeado de mis libros y mis plumas. Escribo sabiendo que nadie me ha de leer, pero no tengo ya vanidad ni deseo humano alguno.

—Mientras empiezo a conocerte, señor de Soto, y por espacio de unos días en que para manifestarte mi agradecimiento por haber salvado nuestras vidas no intentaré nada en contra de tus advertencias, ¿puedo ser indiscreto y hojear tus manuscritos?

—Cuanto quieras, capitán Lezama. Son estudios sobre los tuaregs, sus costumbres, su literatura… También sobre sus leyendas, que nunca he querido comprobar…

El Pirata Negro fué recorriendo con la vista el rotulado que en gruesa caligrafía llevaban los manuscritos reunidos en apretados pliegues de folios:

Los kel-air; Historia del pueblo tuareg; La gruta de nácar; El pozo mágico.

Apartó la vista el Pirata Negro, dominando su ansiedad… El último título leído le demostraba que estaba en la pista del tesoro de Haroun-el-Raschid…

CAPÍTULO V

Querret-el-Ain y el Príncipe Tarhit

La sala estaba aromada por la tenue fragancia de múltiples rosas recién cortadas que enrojecían los cuellos de los búcaros donde se apiñaban.

Otras, yacían caprichosamente repartidas por las mullidas pieles que entre profusión de cojines recamados servían de suelo en aquella sala que tenía la apariencia de un templete.

Cuatro columnas esbeltas se alargaban en finos capiteles de mármol calado, sosteniendo el abovedado techo donde el pintor había plasmado un cielo azul en el que revoloteaban ninfas y faunos de la primitiva mitología tritónica del Dallar...

Reclinada en un diván, una adolescente vestida a la europea personificaba la viva imagen de la belleza juvenil y candorosa. Escuchaba atentamente las lecturas que en voz pausada y grave iba verificando un adolescente de pálido semblante melancólico.

El príncipe Tarhit dedicábase a su pasatiempo favorito: la lectura de poesías extranjeras, que traducía al español, y con las que instruía a la que él llamaba Querret-el-Ain, “Consuelo de los ojos”, porque al terminar ciertas estrofas, sometíase con agrado a las ingenuas preguntas de la adolescente, y otras veces, él mismo explicaba las costumbres de las regiones aprendidas en los libros y con la ayuda de su mentor Luis de Soto.

—“Ante la flor de tu risa rompe sus hojas la rosa.

”¡Oh, rosa, cuyo perfume embriaga mi alma y la encanta;

”no dejes morir de amores al ruiseñor que canta!”

—El ruiseñor ama la rosa—dijo ella dulcemente—. ¿Quién es el poeta?

—Un persa llamado Gazeles de Hafiz, que murió en el siglo XIV,

según el calendario de los blancos, Querret-el-Ain.

—¿Es bonita como nuestra ciudad la ciudad de Gazeles de Hafiz?

—Es un país fastuoso en sus manifestaciones de arte: espiritual, por sus pensadores y poetas profundamente místico, en sus ideas religiosas. También allí en los jardines de Chiraz se abren rosas rojas de mucho aroma, perfumando los viejos jardines que dormitan a la sombra de minaretes y cúpulas cuyos azulejos hacen brillar al sol radiante la maravillosa armonía de colores.



Escuchaba atentamente las lecturas que en voz pausada...

—Vivir allí ¿no te gustaría, Tarhit?

Ensombrecióse el rostro melancólico del príncipe targui.

—Allí hay ambiciones; los hombres se matan entre sí y codician amores ajenos, Querret-el-Ain. Fuera de nuestra ciudad, cesa el reposo apacible.

—¿Y Gazeles de Hafiz peleó y codició amores ajenos?

—No; porque era poeta. Allá en un llano de Chiraz hay una necrópolis llena de flores, de luz y de perfumes, en donde descansa Hafiz, el delicioso trovador anacreóntico. Contemporáneo del

italiano vate Petrarca, como Petrarca cantó el amor. Su tumba es de ágata, labrada entre naranjos en flor, matorrales cuajados de rosas rojas y cascadas de blancos y perfumados jazmines, muchas rosas y muchos ruiseñores. Allí duerme Hazif rodeado de tumbas y de flores: de tumbas de admiradores, que no han querido dejarle solo ni en la muerte; de flores, rosas, jazmines y naranjos que perfuman el aire mientras los ruiseñores, que Hazif tanto quería, parecen repetir al infinito los dulces versos del poeta—y el príncipe Tarhit leyó:

“Entonaba el ruiseñor
un nuevo canto de amor
como tributo,
al ver de pronto nacida
una rosa antes vestida
de luto.”

—¿Es también Chiraz una ciudad de ensueño como la nuestra?

—Es la ciudad que el poeta cantó y amó. A través de las siluetas obscuras de los cipreses del recinto de esta mansión de flores, de poesía y de muerte, en la lejanía luminosa aparece Chiraz, la ciudad de ensueños, que luce al sol del atardecer los minaretes y las cúpulas de sus mezquitas de mayólica matizada de azul y de rosa. Suaves aromas se desprenden de sus flores, que son los tapices de color donde el poeta cantó:

“Bajé al jardín a coger
del día el primer albor
una rosa primeriza
y trinaba el ruiseñor.
Él, como yo, torturado,
iba diciendo su amor
y el jardín todo llenaba
de música y de color.”

—¿Por qué, dulce amigo mío, siempre hay en ti tristeza?

Ignoraba Querret-el-Ain que el príncipe Tarhit, amándola, había renunciado a ella, porque no podía el targui tomar en matrimonio a una mujer de otra raza que no fuera la bereber.

Y Tarhit replicó:

—Tengo añoranzas de afecto imposible, y para consolarme esfuerzo mi espíritu a resignarse en humilde serenidad,

reconociendo la incapacidad de la razón humana, porque ya un targui dijo: "¿Puede la escama del pez averiguar el profundo misterio del mar? No. Por eso debemos callar y escuchar la negativa inmensa del ser que suspira..."

Los dieciséis años de Querret-el-Ain tenían una profunda ignorancia de cuanto al amor se refiriera. Desde sus doce años en que niña, conoció a los tuaregs kel-air, vivió por expreso deseo del padre de Tarhit como "Et-Tahira", es decir, "pura" compañera de juegos infantiles del adolescente.

Al morir Aboghelité, hizo jurar a Luis de Soto y al propio Tarhit que le sucedía en el mandato de la tribu kel-air, que Querret-el-Ain nunca sería esposada por el targui.

—Cuéntame la historia de Persia, dulce amigo mío, y nárrame también una historia de ruiseñor humano y flor de carne.

—Persia fué la cuna y la sede de una civilización grandiosa como las de Babilonia, de Egipto, de China y como la greco-romana. Una civilización tan grande, que sumergida por la invasión musulmana logró influenciar a sus propios invasores, transformando la religión impuesta por éstos, amoldándola a su espíritu y a sus ideas, como antes había transformado a Alejandro, el macedonio, y al tártaro Tamerlán. Una bella historia de ruiseñor humano y de flor de carne fué la de Juasan, el profeta velado, y Zerrin Tagi, llamada así a causa de su magnífica cabellera de oro claro. Había nacido Juasan en el Chiraz y murió joven, a los treinta años. Era considerado por sus seguidores como el portavoz del Imán escondido, que es la revelación material de la divinidad según las creencias persas. Su elocuencia y su vida austera le habían atraído numerosos adeptos, pero las autoridades religiosas rechazaron la doctrina de Juasan y las autoridades de mando persiguieron a Juasan y los suyos.

—¿Por qué no le dejaban libre de cantar sus verdades si él las creía puramente verdades?

—Porque lejos de nuestras montañas, Querret-el-Ain, hay maldad y los hombres se matan entre sí y codician amores ajenos.

—¿Qué le aconteció a Juasan y a Corona de Oro?

—Por orden del Sha de Persia, el joven profeta fué detenido y supliciado. Sus seguidores presentaron una fuerte resistencia a los soldados del Sha, pero engañados con falsas promesas se rindieron y

fueron encarcelados y sometidos a la tortura.

—¿Por qué les mintieron tan falsamente?

—Porque lejos de nuestras montañas la mentira es cotidiana, Querret-el-Ain.

—¿Y qué le aconteció a Zerri Tagi?

—Era una ardiente propagandista de la doctrina de Juasan. Era como tú de una rara belleza; como tú, su figura dulce y mística aureolada de sublime pureza virginal, resaltaba en el ambiente de barbarie de los perseguidores de Juasan, feroces y refinados en sus matanzas y en la aplicación de sus suplicios. El amor que la bella coronada de oro sentía hacia Juasan era inconmensurable...

—¿Cómo sabía ella que amaba a Juasan?

—Porque al verle, en sus venas corría un suave fuego cuya tibieza ponía rosas en sus mejillas...

Tocóse ella las blanquísimas mejillas con frías manos afiladas.

—Nunca en mis mejillas he sentido calor de sangre, dulce amigo mío.

—Día vendrá, Querret-el-Ain... y te perderé. Pero no anticipemos tristezas.

—¿Es malo sentir amor?

—No. Si es correspondido es el paraíso en la tierra, Querret-el-Ain. Si no lo es, es infierno que quema el corazón, como le ocurrió al Sha de Persia que había oído cantar la belleza extraordinaria de la cautiva, quiso verla y quedó prendado. La quiso salvar de las masas excitadas, diciéndole que era suficiente que la muchacha renegase públicamente de la doctrina de Juasan. Todos los esfuerzos del soberano fueron vanos: halagos, promesas, amenazas no lograron conmover a Zerri Tagi. La bellísima de la cabellera de oro no quiso ceder y prefirió morir a renegar de su profeta, su doctrina y su amor. A pesar de los esfuerzos del Sha de Persia, Nasr-ed-Ain, enamorado, loco y desesperado, el cuerpo divino de la bellísima fué torturado por el populacho, que cruel la dió de pasto a las llamas...

En las azules pupilas de Querret-el-Ain brilló una repentina humedad de silencioso llanto.

—¿Por qué la quemaron?

—Porque amaba y no quiso renunciar a su amor.

—Entonces, si el amor engendra maldades, ¡yo nunca quiero amar!

Sonrió tristemente el príncipe Tarhit:

—No podemos mandar en este sentimiento, Querret-el-Ain. Nace inesperadamente, nos domina y somos incapaces de pensar en otra cosa que no sea ver al ser amado, sentirle respirar, oírle hablar.

—¿Es entonces una esclavitud?

—La más deseable. La esclavitud por la que el Sha de Persia habría dado su trono si Zerri Tagi le hubiese correspondido.

Recogió Querret-el-Ain una rosa del suelo y jugueteó con ella, deshojándola con infantil crueldad inconsciente.

El príncipe Tarhit cerró el libro manuscrito en que Luis de Soto había recopilado la historia de Persia y sus poetas, y recitó en voz baja una de las extrañas poesías targui:

—Hijas de las tiendas, por vuestra causa parto diciendo a mi mehari: "Hagamos nuestra obligación. Mientras tocáis el "amzad" en vuestras reuniones, nosotros correremos a través del desierto. Pero Kel-la ama y no la puede olvidar. Enfermo y nostálgico, no podrá soportar su ausencia. Kel-la puede quizás ignorarme, pero yo adoro su tez y su tierna pureza. Dame, Dahar, remedio a este mal."

—Son lamentos tristes, dulce amigo mío.

—Triste es el vate targui que no halla consuelo a su amor. Por esto Dasina, la mujer más hermosa del Sahara, inspiró a otro vate targui estas palabras: "Cuantas trenzas coquetamente los cabellos y llevan sortijas, sean del Norte, sean del Sur, han de rendir homenaje a Dasina, que a todas ha arrebatado los adoradores. Los corazones de éstos están atormentados. No pueden conseguir que ella los ame. Perseguir su amor es como perseguir el miraje del desierto en un día de gran calor. ¡Qué decepción para los Kel-la el día en que los abandone para casarse!"

Prosiguió el adolescente en sus recitados, mientras Querret-el-Ain mentalmente pensaba en que existía algo llamado amor que inspiraba torturas y deseos de esclavitud...

CAPITULO VI

El “Pozo mágico”

Desvió la vista el Pirata Negro después de leer el último título de los manuscritos, pacientemente repletos por la caligrafía de Luis de Soto.

—Si alguno de mis pobres trabajos te interesa, te agradeceré en mi vanidad los leas, capitán Lezama. Son el fruto de largas horas de tedio, hasta que no logré acostumbrarme a la delicia de una vida sin inquietud. Primero creí que el vivir preso era agonizar lentamente, y para distraer mis pensamientos fúnebres, leí... Después, escribí.

—Entonces, si yo debo considerarme preso para siempre en la Ciudad Invisible, leeré..., y después, trataré de escribir. ¿Cuál de estos manuscritos me recomiendas lea primero?

—El que se refiere a las costumbres de los tuareg kel-air.

—¿Este manuscrito referente a *El pozo mágico*, qué es? ¿Una leyenda o un cuento para niños?

—Si supiera que algún día lograses huir de aquí no te hablaría del “Pozo mágico”.

—¿Qué extraño misterio hay en ello?

—Fuera de esas montañas imperan tres males: la codicia, la pasión y la muerte violenta. Si algún aventurero supiera dónde se halla emplazado el “Pozo mágico”, desafiaría la muerte más horrible con tal de llegar a su boca. Y ya ves... ¡el “Pozo mágico” es aquél!

La mano descarnada del anciano señaló, a través de la ventana, un ancho hoyo abierto al linde de la terraza florida y al fondo el panorama de grises montañas se erguía majestuoso.

El Pirata Negro miró hacia el punto indicado y volvió a fijar la vista en el manuscrito, y después en el consejero de Tarhit.

—¿Qué contiene este “Pozo mágico” además de agua?

—Su agua es corrompida y estancada. Nadie puede penetrar en él, porque no sólo está prohibido, sino que lo pueblan monstruos.

—¿Monstruos? Un hombre de tu edad y cultura no puede ser sujeto infiuenciable a supersticiones de leyenda.

—Me limito a reproducir lo que he oído. Dicen que un califa eligió por morada estas montañas hace siglos. Se llamaba Haroun-el-Raschid y acumuló riquezas inmensas. Dicen que cuando abandonó esos parajes para hallar lejos la muerte, dejó su tesoro inviolable defendido por monstruos. Este pozo que ves tiene una hondura infinita. Puedes dar por seguro que corta verticalmente en toda su altura estas montañas y su fin nadie lo sabe, porque quien en él entró nunca volvió a salir, y se oyeron gritos infrahumanos de horror que erizaba el vello de quien los escuchó.

—¿Y si yo quisiera visitar este pozo, te opondrías, señor de Soto?

—Yo quiero ignorar cuantos hagas, si es que la muerte buscas. Hay en tus rasgos síntomas de carácter independiente...

—Tanto es así, que quisiera pedirte un nuevo favor. Nos has concedido hospitalidad y nuestras vidas te debemos. Sin embargo, más a gusto viviría en choza independiente, señor de Soto.

—Si no la construyes más allá de los confines de estas terrazas, puedes hacerlo.

—Me gustaría una tienda bajo la cual me hiciera la ilusión de que vivo solo. Una tienda que cubriera la boca de aquel pozo...

La sonrisa del Pirata Negro despertó en labios del anciano una sonrisa de indulgente afabilidad.

—Yo era como tú cuando tenía tu edad, capitán Lezama... Te proporcionaré pieles de camello y maderos con los que prontamente podrás construir tu tienda... Y no quiero aconsejarte que no bajes al “Pozo Mágico”, porque lo harás de todos modos.

—¿Sabes, señor de Soto, que siento una gran simpatía hacia ti?

—Reflejo, quizás, de la que por ti experimento. Daré órdenes ahora de que junto a la boca del pozo te dejen pieles y maderos. Cuando quieras, aquí me hallarás, si mis consejos deseas...

Al quedar solo con Bahía, el Pirata Negro sintió el deseo de coger el manuscrito que hablaba del “Pozo Mágico”. Pero le pareció que con ello cometía una deslealtad hacia el anciano español que

tan afablemente le trataba.

—¿Piensas descender al "Pozo Mágico", mi señor?

—Cierto, virgen del Aduar. Uno de los motivos por los que me interné en esta descabellada aventura, fué hallar el tesoro de Haroun-el-Raschid. No puedo desperdiciar la ocasión, aunque—y rió en breve carcajada brutal—, si hallo el tesoro, ¿de qué me servirá? No puedo llevármelo en mis bolsillos, suponiendo que hallara una vía de salida de esta ciudad invisible.

—Yo bajaré contigo.

—¡Apuesta cuanto tengas a que no bajas conmigo! Ya me impusiste tu compañía y por ti pasé verdaderas angustias oyendo el relato del chambi y su novia... Por cierto, el señor de Soto que tan versado está en los relatos tuaregs me dirá cómo terminaba aquello, que la llegada de los kel-air interrumpió. Tengo ya curiosidad por saberlo.

Regresó Luis de soto.

—Dentro de unos instantes, tendrás lo que deseas.

—Gracias, señor de Soto. ¿Conoces casualmente la narración del chambi al que los imuchar raptaron la novia que se casó con el rey? Una muchacha llamada Zahra.

—Es un relato muy conocido en el desierto.

—Pero yo lo ignoraba. ¿Qué ocurrió después de que los hermanos la matasen a ella con sus sables?

—Vinieron los imuchar y asolaron el poblado chambi. Embalsamaron el cuerpo de Zahra y la enterraron junto a los restos del rey.

—Debí suponerlo. En fin, para otra vez ya lo sabré.

—El príncipe Tarhit desea verte, mujer — advirtió de Soto—. Yo te acompañaré a su presencia. Desea oírte tocar el amzad.

—Mientras, iré yo a construir mi refugio independiente. ¿Puedes darme un cuchillo, señor de Soto?

—No quiero preguntarte a qué lo destinas...

—A cortar de pieles la más larga de las cuerdas posible.

El anciano entró en una sala vecina de la que volvió a salir llevando un agudo cuchillo.

—Toma. Que no sea el arma de tu muerte, capitán Lezama. Tengo también tu espada y tu pistola. ¿Las quieres?

—Por el instante, no... Gracias, señor de Soto. Eres bueno y

comprensivo.

—Soy español... y fuí como tú. Ven, mujer, que el príncipe nos espera.

Bahía miró interrogativa al Pirata Negro, que asintió enojado:

—¿No oyes que está esperando el príncipe Tarhit?

Salió el Pirata Negro al exterior y cerca del ancho hoyo de negra profundidad encontró apiladas pieles de camello y haces de largos maderos.

Obscurecía ya cuando quedó terminada la tienda que construyó alrededor de la boca del "Pozo Mágico". Junto a las pieles había hallado resinosas teas y pedernal. Encendió dos en el centro de la cónica tienda, y a su luz fué cortando metódicamente largas tiras de piel, que enlazaba en nudos marinos, empalmándolas unas a otras.

Quitóse del cinto el papel escrito que había recibido de Yag-Dejma y el amuleto, ocultando ambas cosas en un repliegue de piel. Enfundó en su cinto entre la piel y el cuero la hoja del puñal...

Una sombra se perfiló en la entrada de la tienda levantando la piel que oficiaba de puerta.

—Tate... ¿Qué horas son esas de visitarme, Bahía?

—Quiero estar contigo, mi dueño.

—Corres peligro, hermosa... Corres el peligro de ser tú la que de cabeza vas a ir al fondo del pozo... ¿No oíste cómo le expresé al señor de Soto mi deseo de estar solo?

—Pero... yo sin ti no puedo vivir.

—¡Maldita sea! Vamos a poner de una vez para todas los puntos claros, terca criatura. ¡Yo no te quiero por esposa!

—Tómame de esclava... — insinuó ella, sentándose junto al Pirata Negro.

—¡Ni de esclava! ¡No quiero verte más! Te sacaré de este lugar y te llevaré a tu tierra, para perderte de vista muy a gusto.

Ella se levantó lentamente, y si la ágil musculatura del Pirata Negro no hubiese actuado con su habitual celeridad, el cuerpo de la argelina hubiese desaparecido en el interior del pozo...

Ella quedó retenida entre los brazos del Pirata Negro y por unos instantes ambos quedaron al borde del ancho hoyo negro...

—Pero..., ¿estás loca, mujer del diablo? ¿Qué ibas a hacer?

—Irme para siempre... porque no puedo soportar tu desprecio— musitó ella, oculto el rostro en el pecho del que la mantenía

abrazada.

Levantó él la satinada barbilla, contemplándola sonriente a la luz de las dos teas.

—Yo no te desprecio, Bahía... Te hubiese amado por esposa, pero — y mintió compasivamente—, tengo esposa y la amo a ella. Ahora, vuelve al lado del anciano señor de Soto, y no vuelvas por aquí.

—Me prohíbes que te vea...

—Lo que te prohíbo es que te zambullas en el pozo, porque eso es asunto que sólo a mí me incumbe.

—Déjame quedarme contigo. No te hablaré más de amor... Tienes esposa y feliz ella.

—Me sonrojas — dijo sonriendo el Pirata Negro—. Tú te mereces un marido mejor que yo, hermosa Bahía. Seremos amigos si me prometes no reincidir en tonterías.

—Haré cuanto me ordenes.

—Lo dices, pero no lo haces. ¿Por qué no te vas y me dejas solo?

—Porque quiero estar al extremo de la cuerda...

—¿Para qué?

—Para sentirte al otro extremo... No podría hallar sueño lejos de ti pensando en que ibas a sumergirte en un lugar poblado de monstruos.

Anudóse el Pirata Negro alrededor del desnudo torso el extremo de la larguísima cuerda formada por tiras de piel.

—¿Qué te dijo el príncipe Tarhit?

—Me dió un amzad, y yo estuve recitando largas horas. El estuvo callado. Parece sufrir mal de amores... Está triste y macilento. Sentí pena al verle, y procuré cantar canciones de alegre esperanza.

—Grata misión es alegrar al triste. Bien, ahora escúchame con atención. Yo voy a bajar... y volveré a subir cuando me canse. Si la cuerda terminase, das un leve tirón, y así lo sabré. Después mediré el largo y poco a poco creo que me será revelado el secreto del “Pozo Mágico”.

—El señor español y viejo podría, quizás, decírtelo.

—Sí. Pero sería deslealtad.

Aproximóse el Pirata Negro al borde del pozo, mientras Bahía cogía el otro extremo del largo rollo.

Asió una de las teas y tendiéndose boca abajo examinó a la luz la abertura.

Quedó iluminado un estrecho y rectangular pozo del que ascendía un acre olor a azufre y humedad. Distinguíase el principio de unos garfios de hierro que sujetaban contra la lisa pared de la derecha, una escalera estrecha de delgada madera…

Tenía algo de fúnebre la blancura mohosa de los peldaños, como si fueran construidos con osamentas humanas…

Bahía, inclinada a espaldas del Pirata Negro, se estremeció…

—¿Te da miedo esta escalera, hermosa? Pero si es algo inesperado, que me facilitará el descenso…

Bahía cerró los ojos para abrirlos rápidamente al ver desaparecer el busto del Pirata Negro. Aureolado por la llama de la tea que llevaba en la mano izquierda, fué empequeñeciéndose la figura del explorador del "Pozo Mágico".

La escalera, que parecía ser de una sola pieza, era constituida por varios tramos entre los que mediaba espacio de metros. Cuando la bota del Pirata Negro buscando contacto halló el vacío, miró hacia abajo, y divisó otro tramo…

Soltóse de manos y con la diestra tanteó ávidamente en su caída hasta tropezar con otro peldaño en el que se bamboleó levemente sudoroso…

Bahía oyó el ruido interpretándolo como una vertiginosa caída… Tiró angustiada de la cuerda y al sentir resistencia y otro tirón en respuesta recuperó la respiración…

Pero para cerciorarse mejor se inclinó, gritando:

—¡Capitán Lezama!

El eco le devolvió ampliada su misma voz… Sólo el eco brotando de aquellas profundidades ignotas.

Sintió que el sudor se helaba en sus cabellos, y experimentó un pavor confuso, ancestral, que remontaba de las entrañas de la tierra.

Se le figuró que el abismo estrecho, era una serpiente que abierta la estrecha boca aspiraba queriendo deglutirla…

De repente, un rumor se elevó de las tinieblas… El sonido de una voz cavernosa, indefinible, fantástica…

Asaltada por un temor supersticioso, Bahía se echó hacia atrás… Sus ojos se nublaban y sus oídos tenían un zumbido angustioso.

No era la voz del capitán Lezama la que había oído, sino la del

“otro”, la del pozo, del guardián del abismo, del vampiro de la tierra, que defendía el tesoro secreto…

Cogida de vértigo, Bahía quedó tendida de espaldas, sintiendo que todo daba vueltas a su alrededor…

Una sombra negra salió del pozo… Una pesada masa alada, que pasó por encima de ella, lentamente, rozándola con engarfiadas uñas…

Bahía se desmayó, sin darse cuenta que el “monstruo” causante del ruido y de su desvanecimiento, era un murciélago de grandes alas…

✲ ✲ ✲

El olfato del Pirata Negro iba acostumbrándose al olor de cadaverina que se desprendía del pozo, mientras en su acrobático descenso rozaba los húmedos muros…

Comprendía que era debido a las aguas estancadas que lejos o cercanas impregnaban el estrecho recinto rectangular.

Sintió un ronco gemido, y enlazando el brazo izquierdo que portaba la tea alrededor de un peldaño, desenvainó su cuchillo…

Un murciélago le azotó con sus alas remontándose hacia lo alto.

—Tiene razón — rezongó el Pirata Negro recuperando la serenidad. — He invadido sus dominios y protesta.

Siguió descendiendo y de vez en cuando tenía que desplomarse en el vacío hasta que sus manos encontraran de nuevo asidero en un peldaño.

La escalera compuesta de pedazos separados entre si a veces por larga distancia parecía no tener fin.

En uno de sus saltos, meditó fugazmente el Pirata Negro que de no hallar continuación se estrellaría contra un fondo que esperaba no fuera muy lejano y fuese líquido…

De pronto sintió resistencia en la cuerda. Tiró de ella suavemente, y comprobó que había llegado al límite de su largura.

Pero al nuevo tirón en vez de hablar otro semejante como respuesta oyó un susurro que fué aumentando hasta convertirse en silbido y que procedía de lo alto…

La cuerda perdió rigidez y aflojándose en continuos lazos fué cayendo. Era ella la que originaba el extraño silbido.

—Bien cumples tu cometido, virgen del Aduar—masculló el Pirata Negro ignorante que no era por su culpa, que la desmayada

argelina había cesado de sostener la cuerda.

Pudo recoger tras ímprobos esfuerzos el otro extremo que anudó a uno de los garfios de hierros que empotrados en la lisa pared sostenían los principios de cada tramo de escalera. Y sosteniéndose en ella, fué continuando en su descenso entre el chisporroteo de la llama de la tea que desprendiendo resina iluminaba el estrecho espacio rectangular.

No supo cuánto tiempo estuvo saltando de tramo en tramo, pero llegó a la conclusión de que si alta era la montaña, tanto o más profundo que su altura era aquel pozo.

Dió de nuevo otro salto hacia abajo en busca de nuevo peldaño porque la escalera quedaba otra vez interrumpida...

Sus manos arañaron inútilmente la lisa pared en busca de asidero. Y fué cayendo a velocidad vertiginosa, que aumentaba progresivamente. En un choque contra la lisa pared rezumante de humedad, desprendióse de su mano la tea, y a obscuras continuó cayendo hacia el fondo...

Chocó contra una superficie que se hundió bajo sus botas y quedó sumergido en un líquido viscoso en el que a vigorosas brazadas se defendió contra la arrolladora succión que intentaba atraerle.

Logró salir a la superficie y perneando vigorosamente fué atrayendo hacia sí la cuerda que por suerte llevaba arrollada alrededor de su cintura.

Cuando comprobó con sólidos tirones que resistía su peso, emprendió el ascenso ayudándose con los pies contra la pared.

En plena obscuridad, rodeado de un fétido olor a cadaverina, fué subiendo, ayudándose de vez en cuando por los peldaños que a tientas hallaba en su camino.

Sus músculos empezaron a dolerle, debido al prolongado esfuerzo...

Meditaba que el pozo tenía un fondo líquido... ¿que conducía a dónde? Lo sabría cuando reparase sus fuerzas durmiendo y comiendo...

No pudo tampoco calcular el tiempo que tardó en llegar a la boca del pozo. Por sucesivas veces había desatado la cuerda y a ciegas cogido de un peldaño la había lanzado hacia lo alto, hasta lograr que quedara enlazada sin gran solidez alrededor de otro

peldaño.

Y también a obscuras debía reunir los dos extremos para proseguir en su ascenso.

Apoyando las palmas de las manos en suelo firme, dispuesto a burlarse acremente de la que le había ofrecido “estar al otro extremo”...

Pero halló el interior de su tienda vacío.

Fatigado por el sobrehumano esfuerzo, tendióse sobre unas pieles y no tardó en dormir profundamente.

CAPITULO VII

El hada de la gruta de nácar

Cuando despertó, por la abertura de la tienda penetraba luz diurna e inclinada sobre él estaba Bahía, con sus grandes ojos abiertos temerosos, que le contemplaban con recelo.

—Salió un murciélago y me desmayé... Tuve miedo, mi dueño. ¿Me perdonas que faltase a mi deber?

Desperezóse el Pirata Negro, sin responder.

—Tuve mucho miedo antes y después, cuando vi que no regresabas. Me vino a buscar el señor viejo y lloré mucho porque me dijo que por desoír sus consejos debiste hallar la muerte. Está enfermo...

—¿Quién está enfermo?

—El señor viejo. Está arropado entre pieles y lo he estado cuidando, hasta hace poco en que vine aquí dispuesta a... ir al pozo, y me sentí enloquecer de dicha al verte dormir.

Le tendió ella un jarro conteniendo espumosa leche que bebió con fruición...

—He traído todo lo que más pueda apetecerte de la comida que le llevan al señor viejo. Eso son pasteles de lengua de pájaro, y aquello asado de cordero...

Cogió el Pirata Negro unas bolitas atravesadas por una astilla.

—¿Eso qué es, linda mesonera?

—Una planta silvestre mezclada con carne de tortuga. Hay también "cuscús" de leche con vainilla e higos rellenos de almendras con confitura de dátiles.

Fué comiendo el Pirata Negro los nutritivos y deliciosos manjares que de vez en cuando acompañaba con sorbos de vino de palma.

Terminado el yantar ella regresó portando un jarro humeante del que se desprendía un aromático olor a menta...

—Es bebida que te gustará, mi dueño...

—Me gustará. Seguro que sí... pero no me llames tu dueño, porque no puedo serlo, Bahía.

—Como tú ordenes, capitán Lezama...

Incorporóse el Pirata Negro, estirando los músculos con placer.

—Vayamos a ver al señor de Soto.

Hallaron al anciano tendido friolentamente entre gruesas pieles.

—¡Hola, señor de Soto! ¿Deseos de reposar, entregado al “dolce far niente”?

Los negros ojos del español brillaron con luz animosa.

—Me complace verte de nuevo, capitán Lezama. Temí... que el pozo te hubiese vencido... Siéntate a mi lado, quiero hablarte.

—No lo hagas, señor de Soto, si te hallas fatigado. Reposa unos días y te sentirás con más fuerza.

—Me temo que ya no me pondré en pie nunca más, capitán Lezama. No sé si ha sido el ver tu pujanza y fortaleza... Pero de pronto he recordado que yo fuí como tú... y viéndome decrépito y en el umbral de la muerte, quiero hacer por ti cuanto pueda hacer...

—No tengáis fúnebres presentimientos—dijo el Pirata Negro tratando por vez primera al anciano con renovado respeto, porque había un hondo cambio en su aspecto. La piel tirante de los pómulos marcaba ya la calavera ósea...

—¿Nada te reprocha tu conciencia, capitán Lezama? ¿Me has hablado con entera sinceridad?

—No del todo, señor de Soto. Os oculté que uno de los motivos de haberme perdido por estos confines era que seguía la pista del tesoro de Haroun-el-Raschid. Vete a mi tienda, Bahía, y junto a donde cuelga el cuchillo hallarás en un repliegue el Askri y el papel escrito por Yag-Djema.

Contó el Pirata Negro su intervención a favor del tunecino de Kelaat-es-Saam y como éste, en recompensa, le había donado aquellos dos objetos.

—¿Para qué deseabas este tesoro?

—Muchos tuve ocasión antaño de poseer, pero los desprecié. Hoy no puedo porque tengo un hijo y quiero darle todas las facilidades que el oro proporciona.

Bahía regresó y el Pirata Negro puso en manos del anciano el amuleto y el documento, que el cautivo-consejero de la Ciudad Invisible fué examinando.

—Lo que este documento dice lo tengo copiado en mi manuscrito. Tráemelo, capitán Lezama. El manuscrito que habla del "Pozo Mágico" —y mientras el Pirata Negro cumplía lo que el anciano deseaba, éste prosiguió diciendo: —Pero en este documento que tú conseguiste, hay palabras de más. No sé cuáles... pero deben ser la clave que yo inútilmente he buscado, porque... no poseía el amuleto, y no sé dónde está el tesoro de Haroun-el-Raschid, aunque sí sé que el "Pozo Mágico" conduce a él.

Cogió el anciano el manuscrito que hojeó hasta doblarlo por una página.

—Léeme tu escrito, capitán Lezama y así podré compararlo con mi copia.

El Pirata Negro comenzó la lectura del extraño documento:

"El Djebel-Trozza, la gran región montañosa del Dallar, fué conocida por los gladiadores de un pueblo que vino en afán de conquista bajo un emblema de águila y citando a un César.

"Murieron abrasados, pero con sus huesos calcinados dejaron testimonio de su paso, en numerosos intentos de canalización, socavando las entrañas de los montes.

"La tierra que ellos llamaron Ifrikia, siguió siendo escenario de motines y rebeldía a la invasión, y muchos conquistadores, para reposar entre los combates se hacían construir residencias en el interior del Dahar.

"Varias dinastías árabes, abbasitas, arlebitas, fatimitas, crearon muchas de estas residencias, siendo las tres principales, las erigidas hacia el Poniente, cuyos nombres significaban una impresión repentina del paraje o un anhelo: Abbassia, la Sumisa; Raggad, la Durmiente; Sabra, la Paciente Comprensiva...

"Entre las vicisitudes sufridas por entonces por la Ciudad Grande, la más extraña es la que la libró hacia el año mil al Bereber conocido por el apodo de "Bou Hemar", el hombre del Asno.

"Vino por la Ruta: la que enlaza sin visibilidad para los no iniciados, la Blanca con Túnez, por Shiba y Kairouan, la ciudad que fué mucho tiempo el objetivo de todas las invasiones árabes de Oriente o las de Occidente.

”Vencedor del segundo califa fatimita, Bou Hemar conquistó Kairouan. Después fué derrotado y capturado hacia Shiba, y traído a la capital reconquistada en una jaula izada a lomos de un camello.

”Un gran tesoro en denarios de oro y joyas había caído en manos del aventurero. Era el tesoro sin igual de Haroun-el-Raschid, al que se había acumulado el de sus lugartenientes o sucesores en Raggada y Sabra.

”¿Qué hizo Bou Hemar con los veintinueve millones de denarios y los treinta y dos quintales de joyas?

”Según los historiadores árabes, el vencido los habría escondido en el Djebel-Trozza, bajo el cauce de un arroyo desviado por esclavos en equipos. Y cada vez que se relevaba uno de los equipos, los guardianes los degollaban y más tarde esos guardianes fueron a su vez degollados por el propio Bou Hemar.

”Pese a las torturas, nada reveló Bou Hemar, porque se arrancó él mismo la lengua de un mordisco, escupiéndola al rostro de los que le intentaban sonsacar el lugar donde había ocultado las fabulosas riquezas de Haroun-el-Raschid.”

Luis de Soto, mientras duró la lectura que cotejaba con su manuscrito subrayó con la uña varias palabras que ahora leyó lentamente:

—“Bajo un emblema de águila”… “Con sus huesos calcinados”… “Tres” “Las erigidas hacia Poniente”… “Sin visibilidad para los no iniciados”…

Agitó la cabeza pensativo, añadiendo:

—Esas palabras no constan en mi copia. Son, pues, adiciones voluntarias hechas conscientemente… ¿Quieres darme el amuleto Askri?

Tras examinarlo largo tiempo, lo devolvió al Pirata Negro.

—Tú eres vigoroso, capitán Lezama. Lánzalo contra el suelo con todas tus fuerzas, como si quisieras romperlo.

—Seguramente se romperá, pero creo en vos.

Lanzó el Pirata Negro contra el suelo el extraño objeto, que rebotó sonoramente abriéndose en dos pedazos…

—Lo que dije. Se ha roto.

—Recoge los dos pedazos.

Luis de Soto estuvo contemplando el interior de los dos pedazos en que aparecían grabados signos cabalísticos.

—Árabe antiguo, capitán Lezama. Dicen: “Donde los huesos calcinados se amontonen en la tercera gruta de nácar hacia poniente.

Luis de Soto reclinó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

—¿Queréis beber algún cordial, señor de Soto?

—No... Ha sido un pasajero torpor...—y el anciano sonrió bondadosamente pero con cierto matiz de ironía—. Estoy próximo al gran viaje... y sé ahora dónde está el tesoro de Haroun-el-Raschid... Tú llegarás a palparlo con tus manos... pero tampoco podrá ser tuyo...

—Descansad. Estáis fatigado... Quizás la emoción de este descubrimiento os ha vencido...

—No. Puedo aún hablar. Después Bahía me atenderá... Quisiera que fueses otra vez al “Pozo Mágico”. Cuéntame lo que hiciste.

—Llegué, mejor dicho, caí al fondo. Es agua negra y viscosa que me atraía hacia la pared contraria a la que soporta una escalera construida con mala intención porque se interrumpe con frecuencia.

—No llegues al fondo... Cuando desciendas vete contando los tramos. En el sexto trozo de escalera detente. Frente a ti hallarás una abertura en la otra pared. Salta a ella. Penetra en su interior. Allí hallarás un curso de agua: tendrás que poseer el valor de sumergirte y dejarte arrastrar. Saldrás en una gruta de nácar. Es la primera. Tiene un estanque y buceando sentirás la atracción de otra corriente. Déjate llevar, porque tienes buenos pulmones. Otra gruta... y de nuevo repite la zambullida. Llegarás a una tercera gruta, donde bajo un emblema de águila hallarás huesos calcinados y...

—¿Cómo vos sabéis...?

—Mi manuscrito, tu Askri y el documento que te pertenece... Conocía la existencia de las grutas... Hay muchas, pero esas que te digo son las tres hacia Poniente... Nadie penetra en ellas... Que la suerte te acompañe. Aguardaré tu regreso. Bahía me cuidará.

Vaciló el Pirata Negro, pero el anciano hizo un ademán suplicante. Poco después, Carlos Lezama descendía de nuevo por el obscuro y estrecho recinto del pozo.

Habíase limitado a atar sólidamente la cuerda en el primer peldaño. Fué contando y al llegar al sexto tramo empotró la tea resinosa entre los peldaños.

Dió vuelta y divisó a su frente una abertura exigua. Inclinóse y saltando encima del vacío entró en la negra caverna.

Oyó el susurro del agua corriente cuando hubo andado unos pasos en tinieblas. Con una última mirada al círculo de luz que provenía de la lejana tea, se lanzó al agua, nadando vigorosamente complementando la acción de la corriente.

Chocó contra una superficie roquiza y tomando aspiración, llenó sus pulmones de aire, sumergiéndose...

Sintió una potente succión que imposibilitó sus miembros de todo movimiento atrayéndolo con fuerza y, ya al borde de la asfixia, con sus pulmones resollando bajo el agua, rodeado por todas partes de tinieblas y agua, percibió de pronto una pálida claridad sobre su cabeza.

De un vigoroso empellón sobresalió a la superficie, sacudiendo sus cabellos empapados en agua y aspirando con ansia...

El espectáculo que vió era como producido por el desvarío de un sueño de opio. Estaba en un lago de quietas y dormidas aguas cristalinas, estancado en el centro de una enorme gruta blanca.

Tendría aquella gruta aproximadamente un centenar de metros de altura y triple anchura, aunque difícilmente comprobable por las numerosas circunvalaciones de sus arcos.

Se respiraba aire sin miasmas, y la claridad denotaba que la cripta alta debía de tener alguna rendija.

Las estalactitas nacaradas, como gigantescos pendientes calcáreos, filtraban agua hacia los enanos orificios de las estalagmitas, que iban concretándose rocosamente.

Oíase de vez en cuando el tenue rumor de una gota de agua cayendo y era lo único que rompía el impresionante silencio.

Parecía un templo desmesurado de la naturaleza, con sus bóvedas de nácar y su suelo que semejaba un tapiz de nieve sólida.

Salió el Pirata Negro del agua, para contemplar a sus anchas el maravilloso esplendor de aquella obra de la Naturaleza.

En primer plano distinguíase un arabesco de enormes cristales blanquecinos, con la forma de un altar hereje, con arcadas, columnas y velas simuladas por el nácar.

De trecho en trecho, charcos de agua cristalina, reflejaban el laberinto de agudas colgantes del techo abovedado.

Serpientes monstruosas de nácar se enrollaban en la base de las

columnas en anillos cristalizados y deformes chacales parecían prepararse a saltar en petrificadas posturas.

Toda una fauna ficticia y estática poblaba en silencio la primera gruta de nácar.

Hacia el lado derecho abríase un ancho abismo, bordado de estalagmitas aplastadas, que tenían vagamente el aspecto de cuerpos sin vida próximos a precipitarse en el abismo obscuro.

Oíanse tenues susurros como suspiros de agonizantes o lamentos de fantasmas...

Lanzóse de nuevo al plácido lago y se zambulló por varias veces abandonándose a una caída hacia el fondo lateral y en sentido contrario al de su entrada a la fantástica gruta.

Y sintió repentinamente en una de sus zambullidas la poderosa atracción... Fueron de nuevo tinieblas y más tinieblas, proximidad de asfixia, y otra vez una tenue claridad.

Salió a la superficie... Era una gruta en todo idéntica a la primera. Pero reprimió un grito de asombro, porque vuelta de espaldas a él, suelta la larga cabellera castaña que le colgaba sobre los hombros, una adolescente desataba los largos lazos de sus sandalias.

Quedóse inmóvil el Pirata Negro, flotando en el plácido estanque donde los cristales del nácar cabrilleaban reproducidos a su alrededor.

Dió la aparición vuelta sobre sí misma y con leve grito de placer introdujo un pie desnudo y sonrosado en el agua, jugueteando con ella.

Silenciosamente, se zambulló el Pirata Negro y de pronto salió a la superficie.

Quiso ella levantarse pero su pie estaba aprisionado en la diestra del Pirata Negro, que murmuró sonriente :

—Hada de la gruta... Eres mi prisionera...

Ella parecía una estatuilla también petrificada. Sus labios infantiles y gordezuelos hicieron un mohín como si fuera a llorar...

—Soy Querret-el-Ain—dijo en español y temblando la voz—. ¿Tú... tú quién eres?

—El tritón de la gruta.

Y estallando en carcajadas, el Pirata Negro se izó al reborde soltando el pie femenino y sentándose junto a ella.

—Misterio tras misterio, hada... Eres pueril, encantadora y enamoras al verte... Pero... ¡por mil diablos coronados! ¡Harto estoy ya de misterios! ¿Quién eres tú y qué haces aquí? No creo en hadas y menos en hadas que me hablen en español. ¿Quién eres tú?

CAPÍTULO VIII

Drub, el diablo

Los diez jinetes avanzaban a través del Dahar de dos en dos y distanciados.

En fila india mantenían entre pareja y pareja un espaciamiento de unos veinte largos de caballo. Tal había sido el orden de marcha impuesto por el que los acaudillaba: el apodado “Carnecruda”.

Ocupando el centro de la escolta iban Bruno Bronzo y Julia de Groschetti. Para ellos el tiempo no se hacía largo, al contrario de los piratas que ansiaban ya ver la línea azul del mar.

Los dos jinetes que iban en cabeza alzábanse de vez en cuando sobre los estribos, esperando ver quebrarse la monotonía del horizonte de arenas en una franja costera que les anunciase la proximidad del mar.

En el grupo de retaguardia, “Carnecruda” miraba frecuentemente hacia atrás y le tranquilizaba el ánimo ver que las arenas seguían siendo una uniforme capa desierta sin nómadas .

—¿Qué tiempo falta para llegar?— preguntó el que acompañaba al improvisado jefe de la escolta.

—Según mis cálculos aún nos quedan dos días y dos noches de marcha, para tocar costa.

—No se acaba nunca esta infernal arena. Me lo hubiesen contado y no lo hubiese creído.

—¿El qué?

—Eso. Que existiera tanta arena junta.

—Mientras sea arena todo va bien, antillano.

—Más me gusta a mí el mar y la selva. No produce esta impresión de calor y de soledad.

—Soledad es la que yo quiero. Somos pocos y no nos convienen

caminantes.

—Yo creo que pasó el peligro, “Carnecruda”. Era allá por los oasis salados donde andaban los diablos de las montañas y los fantasmones tuaregs. Aquí sólo de vez en cuando, algún que otro nómada y esos son inofensivos.

—Somos blancos, antillano, y nos consideran enemigos.

—Estás preocupado. Mira en cambio los dos pichones cómo se arrullan. Para ellos no hay peligro. Viven absortos en su amor. ¡Cosa bella compartir amores!

—Mi amor es el “Aquilón”. Cuando vea su casco, temblaré de gozo. No debía nunca abandonarlo. Yo soy hombre de mar y no caminante de desierto.

—Razón tuvo el jefe cuando te llamó “Carnecruda”. Tienes pánico; te lo leo en los ojos y me lo estás contagiando, ¡cargue el diablo contigo!

Iba “Carnecruda” a replicar con imprecaciones escogidas, cuando de pronto aplicóse la mano a modo de visera sobre los ojos.

A lo lejos y a retaguardia distinguíase una nube de polvo que iba avanzando.

—¿No ves aquello, antillano?

El consultado giróse sobre la silla e imitó el gesto de “Carnecruda”.

—Sí. Arena que el viento empuja. Será el viento ese que llaman *sirocco*. Ese viento que abrasa.

—¡Ojalá lo sea!—y empinándose sobre los estribos, “Carnecruda” gritó con vociferaciones en que el temor abundaba: —¡Galope tendido! ¡Picad espuelas!

Dió el ejemplo azuzando a su caballo. El resto de la comitiva puso también al galope los caballos…

—No le vamos a ganar la carrera al sirocco, “Carnecruda”—objetó el antillano.

—Veo revolar de capas… Son jinetes y van en gran número.

—Espejismos, le llamaba el jefe a ver visiones. Pánico es tu espejismo. ¿Quién va a perseguirnos?

La nube de polvo iba aumentando, pero eran ya visibles las siluetas de veloces meharis, entre los que se mezclaban blancos caballos…

—¡Son árabes!—aulló el antillano, espoleando con nuevo rigor a

su montura—. ¡Tenías razón!

—Nos darán alcance—gritó “Carnedruda”—. Si vienen a cazarnos, nos cogerán. Si no, pasarán de largo. No podemos reventar los pencos...

Alzóse sobre los estribos “Carnecruda” y gritó repetidas veces:

—¡Cuadro panameño!

Era la defensa de los casos desesperados, y a su conjuro, los jinetes detuvieron sus monturas encabritándolas.

Apeáronse y formaron con los caballos un rectángulo. Tras de cada lado parapetáronse dos hombres, con la pistola sobre el arzón, amartillada...

Desenvainaron sus sables, colocando los desnudos puñales entre sus dientes.

“Carnecruda” y el antillano quedaron en el centro del cuadro viviente, y Bruno Bronzo tranquilizó a Julia de Groschetti con palabras de ánimo en las que él mismo no creía.

La nube de polvo fué aclarándose y fueron ya netamente visibles los jinetes. Llevaban el rostro velado y sumaban un centenar...

Al frente de ellos galopaba un jinete de sólida prestancia y corta barba negrísima. No llevaba el rostro velado, y sus ropas tenían estrías de oro...

Levantó la mano cuando los jinetes estaban a una veintena de pasos del cuadro formado por los caballos y los piratas.

—¡Alto!—gritó el cabecilla del grupo árabe—. ¡Parlamentad, españoles!

Esperanzado, “Carnecruda” montó a caballo, y sin moverlo, habló:

—Gente de paz. Vamos a la costa.

—Lo supongo—replicó el cabecilla—. Soy el caíd Zorreig.

—Ahora te reconozco... Tú hablaste con mi jefe...

—Sí. Él desdeñó mi amistad.

—Pero nosotros no compartimos las enemistades de nuestro jefe. Es más. Le hemos abandonado, porque nos aventuró en empresa loca.

—Si dices verdad tú lo sabrás: un hombre a mi servicio os vió salir del oasis, y nadie disparó ni luchó contra vosotros. Lleváis en escolta a una mujer y a un hombre. Los quiero por rehenes. Entrégamelos y tendréis perdón de vida.

“Carnecruda” miró hacia el corso y la italiana. Fué visible en su rostro el propósito de entregar a los que debía escoltar.

Bruno Bronzo desenvainó lentamente...

El antillano acercóse al estribo del caballo montado por “Carnecruda” y murmuró:

—No fíes de la palabra de ese Zorreig. Es español renegado...

—Tenemos que salvar como sea el pellejo. ¿Qué se me da a mí del corso y su mujer?

—¡Apresurad!—gritó Zorreig—. No admito espera ni conciliábulos. Sois una mísera decena de perros...

—¡Perro tú mismo!—gritó el antillano.

Saltó de costado para evitar el refilón del puñal con el que “Carnecruda”, desde lo alto del caballo, acababa de asestarle...

—¡Traidor!—exclamó el antillano.

A la vez que hablaba, lanzó su puñal proyectándolo en el aire. Vibrando fué a incrustarse en el cuello del cobarde, quien vaciló encima de su silla.

El sable del antillano remató su labor, derribando al suelo al que pensaba entregar a los que tenía la obligación de salvaguardar hasta la costa.

Y el antillano no tuvo necesidad de preguntar lo que decidían los restantes porque todos mantenían prietamente sus armas, dispuestos al combate.

—Entregarse es ir al tormento— exclamó el antillano—. Que caigan unos cuantos antes... ¡Fuego!

Las pistolas vomitaron sus cargas, y varios jinetes cayeron cerca del caíd Zorreig, quien volviendo grupas, galopó hacia el resto de sus diablos de la montaña.

Bruno Bronzo montó de nuevo a caballo enlazando por el talle a la que de nuevo iba a perder para siempre...

Cargaron en aluvión los diablos de las montañas. Entablóse un feroz combate cuerpo a cuerpo...

Un alfanje trazó un surco sangriento en el seno de la italiana. Ciego de coraje y furor, el corso abatió su espada a diestro y siniestro. Pronto sintió que entre sus brazos se rigidizaba el cuerpo de la mujer que ya nunca sería suya...

Un alfanje chocó contra su frente; otro le alcanzó en la sien, y un tercer alfanje cercenó su cuello...

El corso y la italiana cayeron a la vez muertos... Los cascos de los caballos árabes pisotearon sus cadáveres abrazados encima de la arena que fué su tumba momentánea...

Los diablos de las montañas volvieron grupas y llevándose los cadáveres de los que había sido imposible coger en vida, regresaron a sus dominios.

* * *

En el oasis convertido en fortaleza, “Piernas Largas” paseábase a lo largo acompañado por “Cien Chirlos”.

Hacía un largo instante que el andaluz guardaba silencio y aquello no era más que un síntoma de que el desierto y su calidez iban alterando el sempiterno buen humor del guitarrero, que echaba de menos su “tocanta” que era el consuelo de sus momentos agrios.

—Han pasado ocho días desde que se fué—murmuró “Cien Chirlos”.

—Muy grande es el desierto, carota. No se recorre como la cubierta de un barco. Un barco ¿te das cuenta de lo que he dicho? Un barco: esos maderos bien ensamblados que los pones encima del agua y se echan a resbalar con donaire... ¡“Aquilón” de mi alma!

—Es hermoso el mar, y... ¡Gente a babor!

Miró “Piernas Largas” hacia la dirección indicada. Una masa de jinetes iba acercándose al trote...

—¡Alerta, compadres!—gritó el andaluz satisfecho.

La lucha significaba romper la monotonía de una espera prolongada y significaba desahogarse en alguien...

—¡Son árabes!—gritó una voz.

—¡Digo! ¿Pues qué creías, guasón? ¿Qué eran mocitas taberneras? ¡A vuestros sitios!—y el andaluz tocó con el codo el costado de “Cien Chirlos”—. Supongo que vendrán a por pelea.

—Naturalmente... Pero ahí avanza uno con la mano levantada... ¡Es el tipejo de la barba negra que ya habló con “él”!

—Sí. Es el apodado Zorreig. ¡Eh, barbudo!—bramó “Piernas Largas”—. ¿Qué quieres ahora?

Zorreig avanzó hasta detenerse a una distancia prudencial, de la que su voz pudiera ser audible.

—¡Parlamentar!

—Menos parla y al grano, barbudo. ¿Qué se te antoja?

—Hablar con tu jefe.

—Mi jefe anda muy lejos, allá por la costa. Éste que está a mi lado y yo somos ahora los jefes.

—Ofrecí amistad a tu jefe y la desdeñó.

—Bien hizo si así lo hizo. Tiene por costumbre hacer lo que le da la real gana... y nosotros también.

—Necesito hombres como vosotros. Pasad a mi servicio y os cubriré de oro.

Rió estrepitosamente el chiclanero propinando un nuevo codazo a “Cien Chirlos”.

—Resulta gracioso sin tener gracia ¿eh, carota? el barbudo presumido ese que malos dengues se lo coman a él y toda su parentela. ¡Ahueca con prisa, Zorreig, o te suelto plomo en toda la pelusa!

—¿Sabes quién soy, insolente deslenguado?

—Se me importa un ardite quien seas.

—¿No has oído hablar de Drub el Diablo?

—He oído. Creo que mi jefe le busca para cortarle el rabo. ¿Y qué con tu Drub el Diablillo?

—¡Soy yo, insensato! ¡Rendíos y os perdonaré la vida!

—¡Generoso! ¡“Home”! ¡Te la has ganado!

Amartilló “Piernas Largas” su pistola, pero no llegó a disparar, porque Drub el Diablo, llamado en las montañas el caíd Zorreig, giró grupas, reuniéndose al galope con sus fuerzas.

Destacáronse a todo galope varios jinetes...

—¡Atentos a la mecha!—gruñó “Cien Chirlos”.

Pero los jinetes lanzaron a unos treinta pasos del oasis, varios bultos que rodaron por la arena...

Sumaban doce en total, y los piratas fueron reconociendo los cadáveres de la escolta y los de Bruno Bronzo y la mujer que le acompañaba, en los cuerpos que rebotaron sobre la arena quedando entre los dos círculos de hoyos donde se escondían las cargas mortíferas.

—¡Les dieron caza! — masculló “Piernas Largas” apesadumbrado.

De pronto destacóse otro grupo de jinetes que revoloteaban capas por uno de cuyos extremos prendía una llama que se agigantaba al influjo del revoloteo...

—¿Qué treta preparan?—preguntóse en voz alta “Piernas Largas”.

Obtuvo una respuesta ruidosa... Las capas iban cayendo lanzadas con tino sin que ninguna cayera cercana a otra...

Ardían en el suelo, y bastó una que certeramente quedó llameando encima de un rastro de arena bajo el que había una mecha...

Comunicóse el fuego a un hoyo, y uno tras otro fueron abriéndose cráteres en el suelo, estallando las cargas.

Una sarta de imprecaciones hizo eco a las explosiones. Desahogábanse así los piratas al ver fracasado su ardid...

Entre las nubes de pólvora y humo divisábanse las siluetas de los diablos de las montañas...

Al terminar los últimos estallidos, volvió a avanzar Zorreig, llamado en el mar, Drub el Diablo.

Atravesó por entre los mutilados cadáveres, hasta detenerse a unos veinte pasos del perímetro del oasis.

—¿Persistís en no entrar a mi servicio?—gritó.

“Piernas Largas” torció la boca, hablando en voz baja para ser oído por “Cien Chirlos”.

—Voy a su encuentro. Pasaré por el tronco como si fuera tierra muy sólida y verás cómo pican los peces en el segundo truco.

Con ágil facilidad atravesó el foso cubierto de palmas aplomando bien los pies en el tronco tendido...

Quedó a dos pasos de distancia de Drub el Diablo, agitando el látigo mientras el español renegado, con la espada desenvainada, le miraba ceñudamente en muda interrogación.



...mientras el español renegado con la espada desenvainada...

—¿Cuántos hombres tienes, Drub el Diablo?

—Más del centenar.

—Pocos son.

—Han ido a por refuerzos... ¿Ves aquella masa blanquecina? Son otros cien hombres que acuden... si antes no te entregas a mi benevolencia.

—Déjame pensar—dijo dubitativamente el andaluz.

Pero si fingía bien, también Drub el Diablo fingía creerlo... Cuando el látigo restalló en el aire buscando enlazar al pirata renegado, ya Drub el Diablo, dando un salto de costado, disparaba su pistola...

"Cien Chirlos" disparó la suya y por el movimiento de esquiva del jefe de los diablos de la montaña no pudo alcanzarlo mortalmente, pero le hirió en el brazo derecho, haciéndole disparar en falso...

Retrocedió corriendo el andaluz ante la avalancha de jinetes que se abalanzaba... Pasó velozmente por encima del puente que derribó a taconazos apenas pisó suelo junto a "Cien Chirlos".

Fué acogido con un clamor de entusiasmo la desaparición en el

foso de los primeros jinetes que precipitadamente se habían lanzado a la persecución del temerario chiclanero...

La gritería de los piratas fué a mezclarse con la gritería de los atacantes que, viendo la suerte corrida por los que les habían precedido, hicieron retroceder a sus monturas...

Acudían otros jinetes, y con gritos de mandato, Drub el Diablo fué reuniendo a todos sus hombres...

—Quedan menos—comentó "Piernas Largas".

—Pero suman dos centenares o cerca—se quejó "Cien Chirlos"—. No podemos atacarles.

—Ni ellos lo harán, por mas barbudos que sean.

Los diablos de la montaña iban diseminándose en un vasto círculo y a una distancia de cien pasos fueron inmovilizados.

"Cien Chirlos" asió el tronco que había servido de puente y lo abatió sobre varios cráneos lateralmente...

—Van quedando menos—comentó satisfecho.

Pero el ataque que aguardaban no se presentó. Continuaba el círculo sitiador y compacto...

Se destacaron a retaguardia varios jinetes que partieron a todo galope en dirección ignorada.

—¿Dónde irán aquellos?—preguntó "Cien Chirlos".

—A por más barbudos... Pero eso es una fortaleza, y aquí no entra nadie mientras respiremos tú y yo, ¿no es eso, carota?

—Eso es... Y más prefiero este panorama que las arenas sin ruido. El tiempo se me hará mas corto.

Drub "el Diablo", mientras le curaban el brazo herido, imaginaba los mil suplicios que aplicaría a aquellos aventureros, que poseían la misma insolencia que el ausente jefe que les mandaba en la primera ocasión en que se presentó en aquel oasis.

Cuando llegasen los elementos que había enviado a buscar, la muerte se enseñorearía del oasis...

CAPITULO IX

Ensueño

Querret-el-Ain, sin habla, miraba como fascinada al hombre que, surgiendo inesperadamente del fondo del lago, chorreante de agua, y bruñido el desnudo y musculoso torso, estaba sentado junto a ella.

—Me miras como si vieras a un ser sobrenatural, cuando tú eres quien me parece una hada... Pero hablas español y eres de carne. ¿Quién eres?

—Querret-el-Ain—musitó ella.

—Ya me lo dijiste antes. Pero ¿qué haces aquí?

—Este es mi palacio. Todas las grutas son mías porque mi dulce amigo Tarhit me las regaló. Sólo yo puedo entrar en ellas... y tú, porque eres dueño de ellas ya que eres un tritón.

Aparecía delicada e infantil, con su larga cabellera de reflejos cobrizos y sus ojos azules plenos de candor. Emanaba de ella un inefable atractivo que sedujo al Pirata Negro con extraña brusquedad...

—Tienes voz de ensueño. Como tú deben hablar los ángeles... Pero tu presencia aquí debe obedecer a un motivo sensato y humano. A veces en el mar han aparecido sirenas... Yo nunca las vi: dicen que tienen por piernas cola de pescado... Tus piececitos son de mujer... No eres ninfa de espejismo...

—Soy mujer....., pero tampoco tú tienes algas en los pies, como dice mi dulce amigo Tarhit que los tritones...

—¿Tu dulce amigo Tarhit?...

—Es el príncipe de los kel-air.

—¿Eres su esposa?

—¡Oh, no!—y rió ella puerilmente. —Tarhit es mi dulce amigo.

—¿Eres entonces su novia?

—No soy novia de Tarhit, porque... —se ruborizó ella intensamente aplicándose las manos en las mejillas.

—¿Por qué no puedes ser la novia de Tarhit?

—No sé lo que es... amor.

—Tate... Eres misteriosa, Querret-el-Ain. ¿Qué significa tu nombre?

—Consuelo de los ojos. Así me llamó mi dulce amigo Tarhit desde que yo pude razonar.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis años cumplí al caer el rocío de abril...

—Entonces ¿en calidad de qué disfrutas la amistad de Tarhit?

—Me lee bonitos poemas, me instruye, y es mi dulce amigo. Desde que pude razonar me acostumbré a oírle, y no he oído más voz de hombre que la suya y la de mi otro amigo, un venerable anciano que nació en el reino muy lejano de España.

—¿Por qué hablas tan bien el español?

—Me lo enseñó Tarhit y también el venerable consejero.

Perplejo, el Pirata Negro, no acertaba a comprender qué misterio se encubría tras Querret-el-Ain.

—¿Por qué vienes a esta gruta?

—Porque oigo voces suaves que me dan nostalgia de algo que no sé... explicar. Quizás eres tú... que desde el fondo del agua te burlabas de mí... o me llamabas .

—Mírame bien, Querret-el-Ain. ¿Sigues creyendo que soy un tritón?

—¿Qué otra cosa puedes ser? Surgiste del agua y dijiste tú mismo que eras un tritón. ¿Por qué tardaste tanto en darme compañía?

El Pirata Negro quiso leer fingimiento en la hermosa faz infantil. Vió tan sólo un hondo convencimiento...

—Eres pueril, niña bonita. ¿De qué te habla Tarhit en sus lecciones?

—De poetas, de bellas historias de fines floridos y de la bondad de todos...

—¿Nunca te habla de mentiras y de maldad?

—Sólo hay muerte, mentira y maldad fuera de la ciudad invisible.

—Yo puedo venir de muy lejos... Pero no miento ni tengo

maldad si no me mienten... Tú eres un ensueño, Querret-el-Ain. Veo tu cuerpo delicado, y me resisto a creer que no seas mas que humo o nácar que me alucina.

Ella tendió una mano y tímidamente tocó con la punta de los dedos el ancho hombro bronceado. Retiró la mano vivamente...

—¿Qué juego es este, hada?

—¿Qué es un hada?

—Un ser bueno y hermoso que tiene apariencia de mujer y que mece los sueños de los niños y a veces alienta en los sueños de los hombres cuando se sienten niños deseosos de algo puro... ¿Por qué tocaste mi piel?

—Para que vieras que soy mujer... y no un hada de ensueño.

Pasóse el Pirata Negro la mano por la frente forzando una sonrisa.

—Tiene brujería tu presencia, Querret-el-Ain. Siento un extraño calor en mis venas...

—También yo... Y arden mis mejillas...

—¿Te inspiro miedo?

—¡No! ¿Eres un kel-air? ¿O eres un tritón?

—Soy... No me extravíes, ninfa misteriosa. Dime, ¿cómo conociste estos parajes?

—Un día hace de esto varios años... tres, mi dulce amigo Tarhit me cogió de la mano, porque entonces no sé por qué causa, yo lloraba mucho, y me dijo que tenía un palacio para mí sola. Un palacio donde nunca nadie entró más que Aboghelité, su padre. Me condujo a esta gruta, que es donde vengo a bañarme. ¿Es bonita, verdad?

—Un ensueño—dijo él mirándola con devoción, seducido por el encantó de la voz y de la presencia de la inocencia en todo su esplendor.

—Allí está el Océano—dijo ella señalando a su derecha—. Fué Tarhit explicándomelo y repitiéndomelo hasta que lo supe de memoria. Aquella estalagmita cóncava da la ilusión de un fondo de agua límpido, donde se baña la flora submarina, desde las algas cobrizas y los pólipos amarillos hasta las azules medusas y las estrellas verdosas, y a los animales plantas que por la noche iluminan el agua...

—¿Has visto el mar?

—No... Pero repito las palabras de Tarhit que es mi maestro. Y aquella pequeña cueva es el Palmeral que abren abanicos de cristales que fingen dátiles diamantinos.

—¿Conoces los oasis?

—Tarhit me los ha descrito. Pero nunca salí de su palacio y de esta gruta. Nada conozco fuera de la montaña. Nunca vi a más hombres que a mi dulce amigo Tarhit y al venerable anciano...

—¿Eres targui?

—Dice Tarhit que no lo soy... Que mi cuna es lejana, pero no sé dónde nací.

—Sigue hablando, Querret-el-Ain. Hay música en tus palabras.

—Hoy vino una niña argelina, que estuvo tocando el laúd. No me vió porque Tarhit no quiso que estuviera yo presente. Por eso bajé yo a la gruta.

—¿Por dónde?

—Hay en el palacio una puerta cuya llave sólo posee Tarhit. Abre la escalinata de mármol que desciende hasta aquí—y señaló ella detrás de su espalda unos peldaños de mármol.

—¿No conoces otras grutas?

—Tarhit sólo me dijo que existiera esta gruta. Pero tú, porque eres tritón, conocerás otras más bonitas.

—No las hay más bonitas que... tu gruta.

—Y no conoces las serpientes luminosas. El propio Tarhit las coloca cuando yo le digo que se han muerto...

—¿Serpientes luminosas?

—Sí. Ven... Dame la mano...

Levantóse ella y deslizó en la diestra del Pirata Negro una manecita fresca.

Él se puso en pie, dominándola de una cabeza y ella echó hacia atrás los cabellos.

—Eres alto, mucho más que Tarhit y que el venerable anciano. Tus ojos me gustan... Son buenos... aunque al principio me asustaron cuando estabas enfadado... Ven; verás mis serpientes luminosas.

Aproximóse ella al borde de la escalinata y cogió una vela que encendió...

Era contemplada con arrobo por el Pirata Negro, que seguía creyendo en un sueño... De momento a otro aquella aparición

celeste iba a desvanecerse.

Reprimió una exclamación de sorpresa, mientras Querret-el-Ain aplaudía gozosa.

Bruscamente todo el fondo de la gruta pareció arder en un gigantesco fuego de artificio.

Penachos de llamas multicolores iluminaron el agua...

Serpenteando por el abovedado techo, trazos de tortuosos zig-zags se inflamaban contra el nácar de las estalactitas.

Y miríadas de chispas semejaron una lenta lluvia de estrellas que iban muriendo con tenues chisporreteos en el lago hasta entonces plácido.

Volvió a reinar el silencio en la gruta de nácar...

—¿Te gustó?

El Pirata Negro asintió mudamente al infantil alborozo de la extraña criatura que explicó:

—Dice Tarhit que son fuegos de artificio que antaño ya empleaban los árabes en el Dahar cuando celebraban grandes fiestas. Yo cuando él me contó lo que eran serpientes, llamé a este juego, las serpientes luminosas.

—Otras juegan a muñecas...

—¿Qué son muñecas?

—Niñas de trapo que las niñas grandes como tú mecen en sus brazos en espera de ser mujeres y jugar con niñas de verdad.

—Yo soy mujer. Tengo dieciséis años. Sé recitar poesías, hablo el targui además del español y conozco el Universo porque el venerable anciano me dibujaba bonitos colores que llama mapas.

De nuevo pasóse la mano por la frente el Pirata Negro para borrar la impresión de inverosímil que le producía no sólo la contemplación de la ingenua mujer que hablaba, sino también para intentar desvanecer la inusitada sensación que le atraía....

—Escucha, Querret-el-Ain... Voy a irme...

—¡No te vayas! Ven conmigo y Tarhit consentirá que estés a mi lado. Tu voz... me es necesario oírla. Si te fueses, ya no podría hallar placer en permanecer en esta gruta. Siempre te recordaría...

—Volveré... pero no le has de decir a Tarhit que me has visto.

—¿Por qué? Si no se lo dijese le mentiría.

El Pirata Negro sentóse al borde de la escalinata. Ella lo hizo junto a él...

—Tu semblante se ha entristecido ¿por qué? ¿No quieres verme más?

—Si no te viera más... nunca podría sonreír con tu recuerdo en mi corazón... ¡Mal rayo me parta! Hablo como un...

Interrumpióse bruscamente mirándola... Ella le escuchaba abiertos los labios, como una niña sorprendida...

—¿Por qué deseas que un rayo malo te parta?

—No digas eso. Es feo.

—Tú lo dijiste.

—Bien... Tratemos de hablar sensatamente, Querret-el-Ain. Si Tarhit supiera que yo te he visto quizás se enfadaría.

—¿Por qué?

—Yo no soy kel-air, ni tritón. Soy un hombre de mar, un hombre que viene de las comarcas que el venerable anciano te pinta en colores.

—¿De la tierra donde los hombres se matan entre sí y codician amores ajenos?

—De todo hay en todas partes, Querret-el-Ain. Pero cuando un ángel como tú aparece en la vida del hombre peor, purifica su existencia y cuanto la rodea.

—¿Cómo pudiste entrar en la ciudad invisible? Está prohibido.

—Tarhit te lo explicará. Yo he de volver a mi lugar de origen.

—¡No! Tú has de quedarte aquí, porque Tarhit no quiere que yo llore... Quédate...

—¿Por qué quieres que me quede?

—Te vi... y en mis venas hubo tibieza y ardieron mis mejillas. Dame tu mano.

Él obedeció asombrado. Querret-el-Ain cogió la diestra varonil y la apoyó contra su mejilla, que tenía una suave tersura ardiente.

—Y dice Tarhit que el amor nace cuando las venas llevan sangre a las mejillas. Nunca mis mejillas ardieron...

Levantóse el Pirata Negro con cierta brusquedad separando su mano del contacto que le producía un grato escalofrío sin sensualidad...

—Deja que el destino hable, Querret-el-Ain. Regresa al lado de Tarhit y ya nos veremos...

—¿Dónde vas ahora?

—Vine a visitar una gruta que no es ésta. Hallé en ti un tesoro...

pero que no puede ser mío.

Antes de que ella pudiera replicar corrió el Pirata Negro al borde del lago, zambulléndose velozmente.

Entre dos aguas nadó basta que una atracción le llevó a las tinieblas. Cuando salió a flote, encontróse en otra gruta.

La tercera gruta de nácar, idéntica a las otras dos, si bien con distintos contornos en sus dibujos, ofrecía en su centro un ancho cauce sin aguas…

Subió el Pirata Negro al reborde, y al final del cauce, como cerrando el paso de aguas que antaño por allí debieron correr, apercibió una gran roca en cuyo centro, grabada hondamente un águila, abría ampliamente las alas.

Saltó consecutivamente el Pirata Negro hasta lograr encaramarse en lo alto de la roca.

Arrodillado inclinóse asido a los contornos rocosos.

Vió un ancho hoyo rutilante…: grandes jarros de barro rebosaban de monedas de oro, y algunos jarros agrietados habían derramado su contenido…

Esmeraldas, piedras de obscuros fulgores, semilunas de gemas amarillas, una cascada inmensa de joyas se amontonaban entre los discos de oro…

Saltó de nuevo al suelo el Pirata Negro apoyándose en la roca…

—Otro tesoro… ¡y ambos han de ser míos!

El regreso puso a prueba sus facultades de nadador. Asiéndose a los intersticios del obscuro canalón en tinieblas, logró avanzar hasta que la tenue claridad fué guiándole.

Emergió aspirando aire ruidosamente…

Querret-el-Ain púsose en pie y corrió al borde del lago.

CAPÍTULO X

Delirio

La vida de Luis de Soto era ya una vacilante llama enfriada por el soplo cercano de la muerte. Pero dotado de una gran fuerza moral, su cerebro pugnaba por mantener prolongadamente la percepción de sus facultades sensoriales.

Bahía le atendía solícita prodigándole los rudimentarios y eficaces auxilios que había visto suministrar a los agonizantes.

Luis de Soto se extinguía, pero conservaba toda su lucidez mental, porque con férrea voluntad imponíase la sugestión de que debía volver a ver al capitán español, hacia el que había resentido un afecto casi paternal.

Inclinada encima de él, la argelina oyó distintamente su petición:

—El manuscrito de la historia de mis buenos amigos los tuareg... Léeme... porque el silencio me angustia...

Ella corrió el estante de donde regresó con el manuscrito solicitado y dócilmente sentóse lo más cerca posible del anciano, empezando a leer:

“Desde los más remotos tiempos, las tribus bereberes de la región del Atlas vivían sin avanzar hacia los oasis del Sur del gran desierto. El nombre de etíopes blancos que Plinio y Tolomeo dan a poblaciones de la parte septentrional del Gran Desierto, entre el País de los Garamantes y el mar occidental, no ha podido aplicarse más que a las tribus de sangre bereber, que allí vivían acampados”.

“Nada indica que durante la dominación romana, ni durante los primeros siglos que siguieron a la conquista árabe, hubiera sobrevenido ningún cambio notable; pero una gran revolución tuvo lugar hacia el siglo XI.

“Los fatimitas, después de haber establecido su autoridad soberana por todo el Mograb, habían trasladado en 972 la capital de su imperio a Egipto, dejando a uno de sus lugartenientes en Kairouan, para gobernar en su nombre las regiones del Oeste.

“El cuarto sucesor de este virrey del Mograb se separó de la autoridad de los fatimitas y prestó homenaje por las provincias que gobernaba al califa de Bagdad, enemigo político y religioso del soberano de Egipto.

“Este, para vengarse, lanzó sobre Ifrikia una turba de tribus árabes que llevaron la desolación desde la Cirenaica hasta el Atlas, exterminando o rechazando a la población indígena de los países litorales, se apoderaron de sus tierras y rebaños y se quedaron a vivir en las provincias que habían devastado.

“Tan desastrosa inmigración tuvo lugar entre los años 1045 y 1050 y han sido el tronco u origen de toda la población árabe actual de las regiones del Atlas. A partir de esta época se realizó un cambio absoluto en la población de una gran parte de las llanuras marítimas. Una multitud de clanes bereberes tuvieron que refugiarse en los desfiladeros de las montañas o penetrar en el desierto, avanzando muy lejos hacia el Sur.

“La primera noción que hemos tenido respecto de estos nuevos establecimientos de las tribus bereberes en el Sahara central y occidental, nos ha sido transmitida por Ibn Jaldún, el célebre historiador bereber; corresponde, pues, a los últimos años del siglo XIV y es posterior en más de trescientos años a la invasión de los árabes de Egipto.

“Se ve que las tribus emigrantes poseían entre ellas y los árabes toda la anchura del desierto. Los pueblos targa o del litham, forman una especie de cordón en la frontera del País de los Negros.

“El carácter general de la civilización bereber se distingue porque voluntariamente no han querido elevarse a una escala de civilización superior a la vida de tribu. Son una raza esencialmente pastoril y nómada.

“Después de la conquista de Egipto por los árabes, seis hombres del País del Litham se presentaron al general musulmán, que les interrogó sobre el carácter de su país. Los bereberes respondieron “que ellos sólo hacían caso de sus caballos y sus meharis y no gustaban de las habitaciones fijas.”

“Aún en los lugares donde las tribus han llegado a convertirse en sedentarias, en los valles del Atlas y en los oasis del desierto, sus costumbres siguen siendo errabundas y trashumantes.

“Las civilizaciones más avanzadas que la antigüedad vió desarrollarse en las costas del Mediterráneo, la civilización de Egipto y Fenicia, de Grecia y Roma, de Bizancio y del Califato, implantadas en el norte de Ifrikia por las armas o por colonias comerciales, han flanqueado las tribus bereberes sin penetrar la dura coraza de sus costumbres primitivas.

“El tiempo dirá si la civilización actual logra de estos rudos hijos del sol, lo que no pudieron obtener de ellos ni Cartago, ni Roma, ni los musulmanes.

“Cuando la civilización los ha arrojado de las regiones que bordean la costa, han encontrado en los salvajes desfiladeros del Atlas un refugio casi impenetrable, o bien atravesando esta barrera de montañas se han diseminado por puntos ignorados de las estepas arenosas y en defensa de sus ciudades invioladas, envían nómadas que son el terror de los mercaderes ajenos a su raza, a los que el afán de lucha arroja a través de las soledades del Sahara.

“Duros, enérgicos y apasionados por su independencia, los targui han permanecido al margen de toda influencia y han rechazado todo yugo con una constancia pertinaz…”.

—Y es mi deseo que sigan siempre al margen de toda civilización—dijo inesperadamente el anciano interrumpiendo la lectura.

Una repentina lucidez se había apoderado de Luis de Soto, quien cogió las dos manos de la argelina entre las suyas febriles.

Brillaban intensamente sus ojos fijos en la hermosa Bahía.

—Tu podrías conseguir lo que ninguna mujer targui logrará. Eres bereber, y tienes dones de instrucción. Hay poesía en tu figura y debes contribuir a la felicidad de Tarhit que es bueno…

—¿Cómo puedo yo contribuir a la felicidad de un príncipe?

—Él ama sin esperanzas a Querret-el-Ain… No puede casarse con ella porque es española… Y se mustiará, muriendo de melancolía. Si lograses enamorar y lo puedes, al príncipe Tarhit, la ciudad Invisible seguiría siendo un reino de apacible edén.

—Amo al capitán Lezama.

—Pero él no te ama. Tengo la percepción del… que va a morir,

Bahía, virgen del aduar. Si en tu entrecejo tatúas las letras del nombre de Tarhit... ¿Lo harás?

—No comprendo...

—Traiciono confidencias que del padre de Tarhit recibí... Pero lo hago en bien del pueblo kel-air... Dice la historia de la familia kel-air, que cuando una mujer de hermosura sin par... se tatúe en la frente el nombre de un varón de alcurnia real... y provenga de lejanas regiones pero de la raza bereber... reinará en la ciudad invisible larga paz y abundante cosecha... Tú eres la mujer señalada...

Detúvose el anciano llevándose las dos manos a la garganta.

—¿Quieres jugo de palma, señor de Soto?

—...Si no veo al capitán... dile que Querret-el-Ain... es... es la niña de la ciudad de Málaga... Dile que su nombre es Ángeles de Amor...

Debió ser evidente la expresión que en el rostro de Bahía, apenada demostraba que creía en delirio de moribundo, porque Luis de Soto, volvió a coger con últimas fuerzas su mano...

—Querret-el-Ain fué raptada... La impresión hizo que perdiera la memoria... No recuerda más que a partir de sus doce años que fué cuando los kel-air la... raptaron del poder de los hombres de Dragut... Hace cuatro años ya que vive entre kel-air... Es Ángeles de Amor... Ángeles de Amor...

Dobló hacia atrás la cabeza y quedó inmóvil. Bahía prodigó en sus párpados fricciones con el líquido de oleaginoso vigor que producía en los agonizantes despertares de vitalidad.

Pero Luis de Soto sonreía tenuemente... Su alma habíase evadido del decrépito cuerpo que era ya cadáver...

El natural sensible de la argelina se manifestó en copioso llanto por un hombre que, conociendo escasamente, había adivinado era un hombre bueno.

Quedóse llorando largo tiempo hasta que una mano macilenta de delicada contextura en que resaltaba el veteado azul de las venas, se posó en su hombro.

—Seca tus lágrimas, virgen del aduar—dijo lentamente el príncipe Tarhit—porque ahora es mi alma la que llora, porque he perdido el mejor de los amigos y consejeros.

Bahía apartóse y sus pensamientos se desviaron hacia el

ausente… Habían perdido la protección de Luis de Soto, y la Ciudad Invisible le pareció de pronto una cárcel hostil.

CAPÍTULO XI

La revelación

Ángeles de Amor tendió las manos hacia el hombre que, nadando, se aproximaba al reborde del lago de la gruta de nácar.

—Volviste... Temí que te fueras a tu lejana comarca.

El Pirata Negro, sin tocar las manos ofrecidas, apoyóse en el reborde y se izó hasta dejarse caer tendido.

Respiraba hondamente después del esfuerzo, y Ángeles tendióse a su lado hundiendo los cabellos en el mojado hombro...

Carlos Lezama parpadeó al sentir que uno de los brazos de la inocente y virginal criatura enlazaba su cuello...

Seguía ella con el rostro oculto, y sus palabras parecieron brotar del suelo junto al corazón del Pirata Negro.

—No me abandones de nuevo. Necesito sentirte cerca de mí.

—Tus juegos de niña son crueles— pronunció él dificultosamente.

—¿Por qué?

—Lo es también tu pregunta, niña. Eres mujer por formación y en tu cuerpo hay aliento de amores... pero ¡no sabes lo que es amar! Yo sí...

—¿Qué es amar para ti?

—Tener ansia de vivir siempre junto a un ser como tú, de pureza que inspire ternura sin fin, y siendo dos en compañía borrar del mundo toda imagen que no sea la que en mis ojos se refleja al mirarte.

—Te amo...

El Pirata Negro sintióse sin fuerzas para acudir a su recurso habitual en los momentos de intensa emoción: no pudo reír, ni tan siquiera sonreír.

Guardó silencio que ella interpretó distintamente.

—¿Acaso porque no soy de tu raza me desdeñas por esposa?

—Escucha, Querret-el-Ain, consuelo de mis ojos. Siempre que un hombre siente que el amor le invade, dice que la elegida ha nacido para él. Tú naciste para mí... He soñado siempre con una esposa como tú, en la que reunir la amiga de dulce temperamento, a la dócil amante... Pero, es un ensueño que en esta gruta de nácar hallará la muerte...

—Hoy nació nuestro amor...

—Pero ha de morir aquí mismo. Soy un prisionero cautivo de Tarhit y deseo volver a mi tierra. Puedo huir o puedo hallar la muerte, pero me es imposible llevarte conmigo porque te expondría a correr mi misma suerte.

—Tarhit es mi dulce amigo.

—Pero es un kel-air y si continúo en vida es gracias a la protección de Luis de Soto, el venerable anciano. ¿Por qué crees que vine a estas grutas?

—Para que yo te viera y supiera lo que es amor.

—Cierto que yo al verte he sentido con toda su magnificencia lo que es amor. Pero vine buscando un tesoro... Lo he hallado en ti. Vine buscando una salida a esta montaña... y la hallaré.

—¿Qué harás cuando puedas salir?

—Irme... Volver a mi comarca, y cuando el mar cante su canción de nostalgias, la brisa húmeda mojará mi rostro con sabor salado de lágrimas que llenarán mis ojos, que tuvieron la dicha y la desdicha de abrirse al amor en una gruta de nácar...

—Llévame contigo. Tarhit no se opondrá.

Levantóse el Pirata Negro y ella quedó en pie delante de él, tan cercanos los cuerpos que los alientos se contundían.

Había fragancia de pulpa de manzana en el rojo dibujo de los labios femeninos...

Insensiblemente ella fué aproximándose, y de pronto encontróse entre los brazos del Pirata Negro que mantuvo su mejilla contra la tersa frente.

—No debe ser... niña. Mi destino es tratar de olvidar.

—¿Por qué?

—¿No comprendes? Soy un cautivo...

—Tarhit te liberará... Pero no... Si me amas vivirás conmigo en

la ciudad invisible para siempre, porque...

—Tengo un hijo, Querret-el-Ain. Carne de mi carne, que espera que yo guíe sus pasos. Por él he luchado y he llegado hasta aquí, que por mí nunca hubiera venido a estas regiones...

—Si por él has venido a mí, bendito sea el que tú llames hijo. ¿Qué es un hijo? Tarhit me decía que era hijo de Aboghelité.

—Tú eres hija de un hombre que esposó mujer. ¿No sabes quiénes son tus padres?

—No. Dice Tarhit que yo nací de la unión de un ruiseñor y una rosa.

—Eso eres. Rosa y ruiseñor...

Ella levantó la frente y sus labios quedaron al alcance de los del Pirata Negro que, sucumbiendo, la enlazó con fuerza, besándola...

Varias sombras negras parecieron destacarse de la escalinata, y ocho tuaregs kel-air, rodearon a la pareja, que, en su éxtasis, continuaba abrazada insensible a cuanto les rodeaba.

El príncipe Tarhit, encendidos los ojos en cólera, dió dos órdenes guturales.

Tres tuaregs cogieron por los hombros a Ángeles de Amor, apartándola bruscamente.

Los otros cinco aplicaron sus lanzas en el cuerpo del Pirata Negro.

Ángeles de Amor desapareció llevada en volandas por las tres sombras negras, cuyas ágiles y fantasmales pisadas se perdieron en lo alto de la escalinata.

—Adiós...—musitó el Pirata Negro—. Como viniste te has ido... Ensueño sin realidad.

Tarhit contempló al hombre que, rodeado de agudas puntas de lanza, no le había aún mirado, y que seguía fijos los ojos en la amplia escalinata de mármol ascendente...

—¡Habla, cautivo! ¿Qué viniste a hacer en esta gruta sagrada y cómo viniste?

El Pirata Negro vió por vez primera al príncipe targui. Contempló sin ira el adolescente pálido y de bello semblante, ahora contorsionado por una fuerte impresión de celos y rencor.

—Vine en busca de un tesoro. Lo hallé... y lo he perdido.

Varias sombras negras parecieron destacarse...



Varias sombras negras parecieron destacarse...

—Pagarás tu osadía con la muerte por suplicio. Cada gemido que de tus labios brote irá borrando la impureza que cometiste.

—Si emito gemidos será susurrando el nombre de la que ha sido por un instante, que bien vale toda mi vida, el consuelo de mis ojos.

Por la escalinata descendieron otras sombras negras, que a una breve voz de Tarhit lanzaron un espeso velo negro sobre el hombre mantenido inmóvil por las cinco puntas de hierro incrustadas en su piel y alrededor de su pecho y espalda.

—¿Eres el español llamado capitán Lezama?

—Lo era... Y ya ves que soy fatalista, y comprendo que mi destino está en tus manos y en las de estas cinco lanzas. Puedes dar orden de que me maten. No pienso luchar.

—Hablas sonriente... después de cometer el más horrendo de los sacrilegios.

—¿Haber penetrado en esta gruta?

—Posar tus impuros labios en la que es virginal.

—Le amo y mi aliento se purificó al mezclarse con el de Querret-el-Ain.

El mismo velo tupido tela encerró los brazos del prisionero.

Tarhit habló despaciosamente en idioma targui:

—Llevadlo a la sala de los tormentos y llamad al verdugo. Este hombre ha de morir como morían los opresores de la raza targui, allá en los siglos de los musulmanes.

Entre siete tuaregs, el cuerpo del Pirata Negro fué izado a hombros, y la comitiva subió lentamente por la amplia escalinata de mármol.

La gruta volvió a quedar silenciosa, y de vez en cuando una gota de agua al caer sobre la estalagmita que iba formando, semejaba contar una a una las horas de la eternidad...

FIN

